

¿UNA NUEVA ALEMANIA?

En medio del clamor internacional que ha rodeado el inicio de la actual crisis económica, Alemania ha aparecido con frecuencia como el centro inmóvil. Sin embargo, tal pasividad aparente desmiente los enormes cambios estructurales que el país ha experimentado desde la caída del Muro. La constitución política, la economía, la cultura y la sociedad han estado sometidas a intensas y contradictorias presiones. Ha transcurrido apenas una década desde que la capital federal se trasladó 450 kilómetros al este; menos todavía desde que desapareció el marco alemán y Alemania asumió una posición dominante en la eurozona. Políticamente, el nuevo paisaje posterior a la unificación comenzó a emerger únicamente con las elecciones de 1998, cuando la fatiga tras los dieciséis años de reinado de Helmut Kohl, rotas las promesas en el Este y, sobre todo, dado el lento crecimiento económico y las persistentes tasas de desempleo dieron paso a la coalición rojiverde. Ningún intento de comprender la dirección actual de Alemania puede evitar tener en cuenta estos cambios subterráneos.

I. POLÍTICA

En 1998, la promesa más relevante efectuada por Gerhard Schröder había sido reducir a la mitad la cifra de desempleo durante su mandato. ¿Cómo iba a conseguirlo? Oskar Lafontaine, el popular presidente del SPD que ocupaba la cartera de Economía, no tenía dudas al respecto: la reanimación de la economía alemana dependía del abandono del deflacionario Pacto de Estabilidad, que Bonn había impuesto como un precio por la unión monetaria, y del estímulo del consumo interno con políticas contracíclicas de corte keynesiano. Tras unos meses de frustración, fue obligado a dimitir¹. Schröder, aliviado por haberse librado de un rival, optó por la ortodoxia: equilibrar el presupuesto era lo prioritario. El sucesor de Lafontaine, Hans Eichel, se convirtió en sinónimo de estúpida, si bien en absoluto exitosa, devoción

¹ Los antecedentes inmediatos de la salida de Lafontaine se remiten a una violenta campaña nacional e internacional contra su persona; al respecto véase, Joachim Hoell, *Oskar Lafontaine. Provokation und Politik. Eine Biographie*, Braunschweig, 2004, pp. 197-205.

a la tarea de consolidar las finanzas públicas. Los recortes fiscales, cuando se produjeron, beneficiaron al capital, no al trabajo, ayudando a las grandes empresas y a los bancos en vez de a los consumidores. El crecimiento no repuntó. Cuando el gobierno SPD-Verdes se enfrentó a los electores de nuevo en 2002, sus logros económicos eran decepcionantes. Schröder se había vanagloriado de que reduciría el desempleo al 5 por 100, pero cuando la coalición se enfrentó a las urnas se hallaba justo por debajo del 10 por 100. Un puñado de modestas reformas sociales, siendo la más significativa de todas ellas una liberalización más que necesaria de las normas de naturalización, no sirvió para compensar este fracaso.

Externamente, por otro lado, la coalición disfrutó de un campo menos constreñido de operaciones. Un año después de haber llegado al poder había involucrado a Alemania en la Guerra de los Balcanes, enviando a la Luftwaffe [fuerzas aéreas] a volar una vez más sobre Yugoslavia. Presentada como una misión humanitaria vital para impedir otro Holocausto en suelo europeo, la participación alemana en la Operación Fuerza Aliada fue saludada con un aplauso doméstico cuasi unánime: por la opinión del centro-derecha como robusta prueba de la recuperada confianza nacional del país como potencia militar; por el centro-izquierda como un ejemplo inspirador de conciencia y filantropía internacionales. En los medios de comunicación, la decisiva conversión de los Verdes en pro de la acción militar fue ocasión de particular satisfacción. Dos años después, el Bundeswehr [ejército federal] había abandonado Europa para tomar parte en la ocupación de Afganistán; un régimen adecuado para ese país fue acordado por las partes interesadas en Bonn y pronto un general alemán estaba al mando de las fuerzas aliadas en Kabul. Esta expedición también disfrutó del apoyo general, si bien, siendo una aventura más remota, suscitó un entusiasmo menos activo entre los votantes. Alemania se estaba convirtiendo en una fuerza completamente normal, tan responsable como cualquier otra potencia del Occidente democrático.

Públicamente, esta transformación dejó también al gobierno rojiverde bien situado para el futuro. Convirtió a Fischer, su portavoz más profuso, en el político más popular del país. Se trataba, sin embargo, de una posición que los ministros de Asuntos Exteriores de la Bundesrepublik, habitualmente en manos de los partidos pequeños, habían disfrutado desde hacía mucho tiempo como pastores de la conciencia de la nación, gozando en su momento de la misma estima tanto el sempiterno Hans Dietrich Genscher, como incluso el imperceptible Klaus Kinkel. Tampoco, por supuesto, la lealtad a la OTAN distinguió al gobierno de la oposición. El prestigio cosechado en las intervenciones en el exterior raramente es un sustituto de la prosperidad en casa, como figuras de una envergadura mayor –Bush senior o Gorbachov– descubrieron. Encaminándose a las elecciones de 2002, la coalición SPD-Verdes se hallaba muy por detrás de la CDU-CSU en los sondeos. Los cristianodemócratas se habían visto seriamente dañados por las revelaciones de la dilatada corrupción de Kohl, habiendo sido el partido no obstante enormemente afortunado de que éstas hubieran visto la luz una vez que éste

había abandonado su cargo y no estuviera en el poder². Pero la solidaridad de la clase política, pocas de cuyas casas no eran extremadamente frágiles, aseguraba que, como en otros lugares de Occidente, el imputado nunca fuera perseguido, y mucho menos castigado; las aguas rápidamente se cerraron sobre el episodio sin gran beneficio para los socialdemócratas. Con la economía todavía desplomándose, la oposición parecía excelentemente colocada para obtener la victoria.

En el verano de 2002, sin embargo, la cuenta atrás para la invasión de Iraq, señalada con gran antelación, alteró la atmósfera. El cambio de régimen en Bagdad, por muy bienvenido que pudiera ser en sí mismo, claramente implicaba mayores riesgos que una operación similar en Belgrado o Kabul, haciendo a la opinión pública alemana mucho más irritable al respecto. Schröder, percibiendo la aprensión popular y fortalecido por las reservas mostradas por Francia, anunció que Berlín no se uniría al ataque contra Iraq, incluso –Habermas se mostró escandalizado– si Naciones Unidas lo autorizaba. Fischer, devoto de la anterior Administración estadounidense, se limitó a murmurar por lo bajo su asentimiento mostrándose a la expectativa, mientras la democracia cristiana se encontró totalmente a contrapié, incapaz de respaldar a Washington abiertamente, pero sin estar dispuesta a seguir la línea marcada por el canciller. La ventaja de Schröder era completa: esta vez el orgullo alemán podía lucir los colores de la paz en vez de los de la guerra, y para su regocijo la oposición no podía compartirlos. Solo faltó la intervención bíblica de una inundación en el Este, cuando el Elba rompió su cauce, que permitió un reportaje, profusamente transmitido por televisión, de generosidad y compasión declinadas en primera persona, que puso a Schröder en lo más alto. Cuando se contaron los votos en septiembre, el SPD obtuvo un margen de 6.000 sobre la CDU-CSU y la coalición volvió al poder con una mayoría de tres escaños en el Bundestag³.

Una vez rentabilizada electoralmente, la oposición pública al ataque a Bagdad podía amainar y prestarse un discreto apoyo práctico al esfuerzo bélico estadounidense con los agentes alemanes ofreciendo la identificación secreta de los objetivos que debían ser golpeados y aniquilados. En Europa, la ocupación –como algo distinto de la invasión– de Iraq iba a ser de todos modos pronto aceptada como hecho consumado, perdiendo su relevancia política. Schröder, sin embargo, tuvo cuidado en mantener su entendimiento con Chirac, que había perfilado durante los meses previos a la guerra, gra-

² Respecto a los detalles de las fechorías políticas y financieras de Kohl, véase Edgar Wolfrum, *Die gegliückte Demokratie*, Stuttgart, 2006, pp. 477-448.

³ Aunque se acenturaron los contrastes tradicionales de la antigua Alemania Occidental entre el norte, feudo del SPD, y el sur, feudo de la CDU-CSU, la principal novedad del voto fue su distribución de género, ya que las mujeres favorecieron por primera vez al SPD en detrimento de la CDU-CSU virtualmente por el mismo margen –aproximadamente el 4 por 100– por el que los hombres se inclinaron por los cristianodemócratas frente a los socialdemócratas. En cuanto a los datos, véase Dieter Roth, «A Last-Minute Success of the Red-Green Coalition», *German Politics and Society* XXI, 1 (primavera de 2003), pp. 49-50.

tificando al Eliseo tanto económica como políticamente mediante la concesión de una ampliación de la Política Agrícola Común y una paridad continuada de Francia con Alemania en los acuerdos de ponderación del voto contenidos en el Tratado de Niza. Un alineamiento estrecho con Francia era por supuesto la política tradicional alemana desde los días de Adenauer, pero a Schröder, sin embargo, le permitió en esos momentos cubrir sus aperturas hacia Rusia que estaban proscritas cuando la URSS existía y podían haber sido sospechosas de un segundo Rapallo. Cálidamente apoyado por las empresas alemanas, que disfrutaban de lucrativos contratos en Rusia, la amistad de Schröder con Putin —«un demócrata sin fisuras» en palabras del canciller— se topó con una fría reacción por parte de los medios de comunicación. Geopolíticamente, el crecimiento de los vínculos entre Berlín y Moscú fue la novedad más significativa del mandato de Schröder, pero políticamente contó muy poco en la escena doméstica.

Liberalización

En ésta, cuando comenzó su segundo mandato, los problemas económicos que habían hecho posible su primera elección permanecían intactos. Consciente del estrecho margen por el que había escapado del castigo por no ser capaz de enfrentarse con los mismos y espoleado por las críticas de la prensa, Schröder decidió ahora, reticentemente, adoptar la receta neoliberal, como una opinión autorizada le había urgido a hacer⁴. En el otoño de 2003, la coalición rojiverde aprobó un paquete de medidas, denominado Agenda 2010, para quebrar el lamentado *Reformstau* —el bloqueo de las reformas— en la República Federal. Incluía las recetas habituales del momento: reducción de las prestaciones por desempleo, aumento de la edad de jubilación, externalizar el seguro de salud, reducir los subsidios, abolir los requisitos formales para ejercer una profesión o desempeñar un trabajo, ampliar los horarios comerciales. La socialdemocracia alemana se había finalmente atrevido a subirse al carro de la disciplinización social y de la desregulación del mercado de trabajo, que la democracia cristiana había eludido durante sus largos años de gobierno. Los editorialistas y los dirigentes empresariales, aunque hubieran deseado que la Agenda hubiera sido más dura, se deshicieron en elogios.

El SPD había aprobado, de hecho, un bloque de legislación neoliberal más concentrado y exhaustivo de lo que el Nuevo Laborismo, un modelo am-

⁴ La opinión convencional, expresada como un consenso incontrovertible en el exterior y en el propio país, puede encontrarse en *The Economist*: «La mayoría de los analistas se muestran de acuerdo en lo que está equivocado respecto a la economía alemana. Ante todo, el mercado de trabajo es demasiado rígido. En segundo lugar, los impuestos y las contribuciones a la seguridad social son demasiado altos y los beneficios demasiado bajos. En tercer lugar, y en estrecha relación con los aspectos anteriores, los pagos de la seguridad social, las pensiones y los dispositivos sanitarios son demasiado generosos. Por último, existe una regulación legal excesiva». Véase «A Survey of Germany», 5 de diciembre de 2002.

pliamente invocado, nunca iba a aprobar. Pero el paisaje político en el que se introdujo la Agenda 2010 no era el de la Gran Bretaña de Blair. Por un lado, Alemania no conoció un thatcherismo que heredara la socialdemocracia, por lo que ésta se había visto forzada a efectuar el mismo trabajo desde cero para el propio capital en vez de simplemente extenderlo y fortalecerlo en la misma dirección. Por otro lado, la clase trabajadora alemana y sus organizaciones seguían siendo sustancialmente más fuertes que en Gran Bretaña. Si la densidad sindical era comparable –menos de un tercio de la fuerza de trabajo en ambos casos– la DGB (Deutsche Gewerkschaftsbund/Liga de Sindicatos Alemanes) disponía de un poder negociador significativamente mayor, mediante las instituciones corporativas tradicionales de negociación salarial y codeterminación, que el TUC (Trades Union Congress/Congreso de Sindicatos Británicos); mientras, el propio SPD, con una militancia que duplicaba generosamente la del Nuevo Laborismo, era como partido una institución mucho menos hueca que éste. El resultado fue doble: el impulso neoliberal de la Agenda 2010, proviniendo no de la derecha radical sino de un centro avergonzado de serlo, fue inevitablemente mucho más débil que el del régimen de Thatcher, mientras que la resistencia al mismo, en el seno de un movimiento obrero todavía relativamente no castrado, fue mucho más fuerte que entre los seguidores de Blair.

Como era de suponer, el giro neoliberal, llevado a cabo sin convicción y recibido sin entusiasmo, careció de vitalidad. A pesar de toda su fanfarria en los medios de comunicación, la Agenda 2010 tuvo un efecto mínimo sobre la economía: incluso las estimaciones más benevolentes no podían atribuirle más de un 0,2 por 100 en el crecimiento adicional del PIB⁵. Pero su efecto sobre la escena política fue otro cantar. La dosis final del paquete, «Harzt IV», que pretendía reducir el seguro de desempleo –denominada así por el nombre del jefe de relaciones humanas de Volkswagen, un antiguo amigo íntimo de Schröder de la Baja Sajonia, quien lo diseñó de este modo– era una píldora demasiado amarga para ser tragada por los sindicatos sin rechistar. Un malestar creciente entre las bases del SPD y escisiones de pequeño alcance del mismo en el Ruhr y en otros puntos de la parte occidental del país fueron la consecuencia. En los *Länder*, el partido perdió una elección tras otra mientras su impopularidad se hacía mayor y más evidente y el descontento con Schröder crecía. Finalmente, en la primavera de 2005, el SPD fue vapuleado incluso en su bastión tradicional de Renania del Norte-Westfalia, el estado más populoso de la Federación en el que su jefe había sido promocionado al Ministerio responsable de la definición y aplicación de la Agenda 2010. Temiendo repetir el destino de Helmut Schmidt en 1981, repudiado por su propio partido por empujarlo demasiado a la derecha, Schröder decidió asestar un golpe preventivo, convocando elecciones con un año de antelación antes de que pudiera ser desafiado.

⁵ «The beguiling path of non-reform», *The Economist*, 22 de diciembre de 2007.

Para convocarlas tuvo que eludir la Constitución, que prohibía la disolución del Parlamento a voluntad del canciller, organizando un voto de confianza simulado respecto al cual se conminó a sus diputados para que se abstuvieran y así asegurar su propia derrota. Esta violación transparente de la *Grundgesetz* [ley fundamental] recibió la aprobación del más alto tribunal del país en una ilustración gráfica de los límites del legalismo en la Alemania de posguerra: dado que los líderes de la CDU-CSU y del SPD, cada uno por sus propias razones, querían violar la ley, los jueces se acomodaron a sus deseos. Merkel, ahora candidata de la CDU-CSU, no podía aplazar el disfrute de su ventaja –20 puntos por delante– en las encuestas de opinión; Schröder podía estar seguro de que el SPD no tenía otra opción sino hacer piña en torno a él. El enfrentamiento que siguió fue más fiero que cualquiera de los acaecidos desde el intento de derribar a Brand en 1972. En esta ocasión, los medios de comunicación, con el *Frankfurter Allgemeine*, *Die Welt* y *Der Spiegel* al frente de la operación, atacaron de modo virulento a Schröder, acosándolo encarnizadamente por su oportunismo vacío, y proponiendo un neto corte con el corporatismo paralizante del pasado. Merkel, jaleada por la prensa, en la que fue alabada como la Thatcher que el país necesitaba, protagonizó una estridente campaña neoliberal prometiendo una sociedad basada sin contemplaciones en el esfuerzo individual y en impuestos con tipos impositivos planos. Schröder, viendo su oportunidad, contraatacó con brío, ridiculizando sus propuestas fiscales y denunciando a la nueva CDU como una amenaza a la solidaridad social⁶. Tan eficaz fue su asalto que el día de la votación la enorme ventaja inicial de Merkel se había evaporado. Cuando se contaron los votos, la CDU-CSU aventajaba al SPD por menos del 1 por 100, con cuatro escaños más en el Bundestag y ninguna mayoría parlamentaria posible, ni siquiera con el apoyo del FDP. Schröder tuvo que salir de escena, pero para gobernar Merkel tuvo que formar una gran coalición con su partido.

II. ECONOMÍA

Pocos saludaron este resultado con demasiada expectación. A lo sumo, y así fue ampliamente percibido, si los dos principales partidos tenían que compartir la carga de aplicar medidas impopulares pero necesarias en vez de culparse el uno al otro por las mismas, entonces las reformas liberales

⁶ En cuanto a la opinión de Schröder sobre las prioridades de un hombre de Estado, véase el autorretrato en su erróneamente titulada *Entscheidungen*, Hamburgo, 2006: «Para mí una campaña electoral es el momento más interesante en la vida de un político. He tomado parte en incontables campañas, he hablado en cientos de plazas, he estrechado miles de manos, he firmado innumerables autógrafos. Ciertamente, hacer y conformar la política, llegar a tomar decisiones, es la tarea fundamental de un político, su obligación, por así decirlo. Pero para mí, el elixir es la campaña electoral, el encuentro directo con los votantes, la competencia y la lucha por los votos, el intercambio de argumentos. Los tecnócratas pueden tomar decisiones, los periodistas pueden también ser unos sabelotodo; pero tan solo los políticos pueden y deben dirigir campañas electorales», p. 496.

tenían mayores probabilidades de convertirse en legislación vigente. En el peor de los casos, los conflictos entre ellos podían conducir a un inmovilismo todavía más aciago. De hecho, sin embargo, por debajo de la superficie política de los votos y de los partidos, se habían producido profundos cambios estructurales que habían alterado los parámetros de gobierno. La unificación de Alemania había transformado el país de dos modos igualmente paradójicos. El largo estancamiento de la economía alemana, el hecho social central desde 1989, se atribuye normalmente en buena medida, y no sin razón, a los enormes costes de absorber a la antigua DDR –1,3 billones de dólares al menos, de acuerdo con la última cuantificación–, que exigió una masiva tributación excepcional, canalizó la inversión desde la innovación productiva a la reconstrucción infraestructural y ambiental y provocó también un intenso aumento de la deuda pública. Es bien sabido que la caída en desgracia de Alemania fue tan drástica que el país, que había hecho un esfuerzo hercúleo para imponer el Pacto de Estabilidad prohibiendo al resto de los países miembros incurrir en un déficit superior al 3 por 100 del PIB, comportándose como una especie de virgen de acero presupuestaria que reinaba sobre la unión monetaria europea, se convirtió en el peor reincidente de tal comportamiento violando sus normas seis veces en abierto desafío a la Comisión.

Pero en lo que parecía una carga tan pesada para el capital alemán también radicaban las condiciones de su revitalización, porque la reunificación debilitó de modo decisivo al movimiento obrero. Cuando los sindicatos germano-occidentales intentaron extender sus organizaciones al Este y garantizar tasas salariales válidas a escala nacional comparables a las vigentes en el Oeste, se toparon con industrias que se estaban derrumbando tan rápidamente y con trabajadores tan golpeados por el desempleo circundante, que el fracaso estaba más o menos predeterminado. Pero una vez que el Este no pudo ser integrado en los acuerdos corporatistas tradicionales del *Modell Deutschland* éstos se vieron también sometidos a presión en el Oeste. El trabajo más barato de la ex DDR pronto se vio desplazado por costes salariales todavía menores en Europa oriental, cuando la perspectiva, y después la realidad de la ampliación de la Unión Europea, conllevó un volumen cada vez más importante de inversión alemana a Eslovaquia, Hungría, la República Checa, Polonia y otros lugares. Además de estos destinos, no podemos olvidar la deslocalización de fábricas en Asia, América Latina y Oriente Próximo, que clavó todavía más la cuña original de la unificación en la economía nacional, desarticulando el mercado de trabajo.

El resultado fue un severo declive no únicamente de la fuerza numérica de los sindicatos alemanes –el número de miembros de la DGB cayó de 11 millones en 1991 a 7,7 millones en 2003–, sino también de su capacidad de resistir la incesante presión del capital alemán. Los salarios reales cayeron durante siete años consecutivos, concediendo a las empresas alemanas una ventaja competitiva todavía más agresiva en los mercados internacionales de gama alta. En 2004 Alemania era una vez más –como había sucedido en la década de los años setenta– el principal exportador mundial de pro-

ductos industriales. Tal éxito fue construido no sobre un comportamiento sobresaliente de la productividad –las ganancias logradas por la economía estadounidense fueron significativamente mayores durante el mismo periodo–, sino sobre la represión salarial, ya que los trabajadores fueron obligados a aceptar un incremento de la jornada de trabajo y una menor retribución bajo la amenaza de la deslocalización, mientras el consumo interno permanecía apático. Sin embargo, dado el creciente excedente derivado de las exportaciones, la inversión creció y una vez que el ciclo económico despegó el crecimiento se aceleró finalmente en 2006, justo en el momento en el que Merkel se convertía en canciller. A principios de 2008, el desempleo se había reducido en casi dos millones. El suero de la desregulación, inyectado desde el Este, parecía que por fin había funcionado.

Contraefectos

Sin embargo, en una segunda e inversa paradoja, la unificación que transformó la constitución económica del país, liberando un capitalismo más desinhibido y despiadado, ha cambiado el paisaje político en la dirección opuesta. Las vastas sumas de recursos invertidas en el Este, aunque modernizaron las instituciones e infraestructuras de la sociedad –comunicaciones, edificios, servicios privados y públicos– no lograron crear una prosperidad industrial o un sentido de dignidad e igualdad colectiva conmensurables en el seno de la República Federal. La DDR era decadente, autoritaria, arcaica medida con los estándares de Bonn, pero a la sombra del Estado todos gozaban de empleo y eran relativamente iguales. Con la anexión por el Oeste y la rápida demolición de una gran parte del su parque industrial, llegaron los agiotistas y los puestos de trabajo desaparecieron. En el resto del ex imperio soviético las consecuencias inmediatas de la caída del comunismo fueron con frecuencia todavía más inclementes, cuando países que ya eran pobres cayeron en sus propias sendas de dislocación y recesión. Pero no presurizados en al misma cámara de compresión competitiva instantánea dispusieron de más espacio de maniobra para proceder al ajuste y la reconversión; no pasó mucho tiempo antes de que sus tasas de crecimiento fueran más altas y las de desempleo más bajas que las de los *neue Bundesländer*. Este mejor comportamiento no tenía únicamente raíces económicas sino también sociológicas. En Polonia, Eslovaquia y Hungría la restauración del capitalismo fue llevada a cabo por las elites locales –típicamente una combinación de ex disidentes y ex funcionarios del partido a la búsqueda de un mayor estatus socioeconómico–, que se aseguraron de que los frutos fueran a parar principalmente a sus manos. Por muy popular o impopular que pudieran ser a lo largo del ciclo electoral, eran una parte integral de la sociedad local.

En Alemania del Este, no emergió un estrato social comparable. Allí, las posiciones políticas, económicas y culturales más elevadas en los nuevos *Länder* fueron rápidamente dominadas –en realidad con frecuencia virtualmente monopolizadas– por una ola de individuos procedentes del Oeste. Así, aunque la unificación iba a elevar en general el nivel de vida en el Este, ya

que los desempleados recibían beneficios similares a los del Oeste, el capitalismo fue vivido en gran medida como una colonización en vez de como autopromoción, y mucho menos como emancipación. Incluso en los casos en que trajó aparejados beneficios materiales no fue asumido como una dinámica nativa, sino que siguió siendo percibido como algo penoso, una fuerza que se sentía todavía como sustancialmente extraña⁷. Si la reunificación hubiera afectado a todos por igual, como Kohl prometió, este efecto hubiera sido sin duda menor. Pero el doloroso sentido de un pasado vergonzante –un mundo irremediamente devaluado– no era únicamente una reacción subjetiva a las consecuencias de la unificación, sino que se reflejó de un modo objetivo en el desastre demográfico que asoló al Este durante esos años en los que los viejos morían lentamente, los jóvenes partían y la cohorte de mediana edad se reducía a la mitad. Una población de 16 millones en 1989 había caído estrepitosamente a 12,5 millones en 2008 y estaba condenada a caer todavía más –quizá mucho más– gracias al éxodo de las mujeres jóvenes al Oeste. Entre 1993 y 2008 no menos de dos tercios de aquellos con edades comprendidas entre los 18 y 29 años nacidos en el Este lo habían abandonado⁸. En la DDR, como ha observado un renombrado escritor de la región, los edificios se arruinaban pero cobijaban gente que tenía trabajo; ahora los edificios están pulcramente rehabilitados y la gente está muerta o se ha ido. Una cuarta parte del parque de viviendas está vacío y muchos pequeños núcleos de población, sobre todo en el norte, corren el riesgo de convertirse en ciudades fantasma.

En estas condiciones, un partido que defendiera una cierta memoria y expresase una identidad regional no podía dejar de florecer. Cuando Kohl cayó, el PDS (Partido del Socialismo Democrático, heredero del partido gobernante en la extinta DDR) recogía un quinto del voto en el Este. Cuando cayó Schröder, cosechaba una cuarta parte y era el segundo partido en la región, una pizca por delante de la CDU y no muy alejado del SPD⁹. Tal crecimiento no careció de interrupciones ni de reveses: una caída de su voto en 2002, pérdida del poder en Mecklemburgo-Pomerania Occidental, un fuerte rechazo por su aceptación del ajuste social en Berlín en 2006. La evolución del

⁷ En 2003-2004, aquellos que se identificaban a sí mismos con el Este todavía superaban a quienes lo hacían con Alemania en su conjunto: Katja Neller, «Getrennt vereint? Ost-West-Identitäten, Stereotypen und Fremdheitsgefühle nach 15 Jahren deutscher Einheit», en Jürgen Falter *et al.*, *Sind wir ein Volk? Ost- und Westdeutschland im Vergleich*, Múnich, 2006, pp. 23-25. Se encuentran algunas observaciones comparativas sobre el resultado de la unificación en la DDR en Claus Offe, *Varieties of Transition. The East European and East German Experience*, Cambridge (MA), 1997, pp. 148-158.

⁸ Véase *International Herald Tribune*, «In Eastern Germany, an exodus of young women», 9 de noviembre de 2007. Demográficamente, el conjunto de Alemania presenta una de las tasas de reproducción más bajas del mundo. En las elecciones federales de 2009, los votantes de más de 50 años serán tan numerosos como el resto de los grupos de edad combinados.

⁹ Organización sucesora del SED, partido gobernante en la DDR. El PDS fue con frecuencia despreciado durante los primeros años tras la unificación simplemente como el partido de la «Ostalgie», dependiente de envejecidos funcionarios y cómplices de un Estado policial. De hecho, logró reinventarse a sí mismo, más que ningún otro partido poscomunista en Europa oriental, como un vivaz movimiento radical.

partido tampoco fue un proceso lineal. Sus dos líderes más prominentes, Gregor Gysi y Lothar Bisky, se retiraron durante un tiempo tras no lograr persuadirlo de que las tropas alemanas debían participar en las misiones militares ordenadas por el Consejo de Seguridad. Sus miembros siguieron presentando una edad muy avanzada: tres cuartas partes de los mismos eran pensionistas y más de la mitad era mayor de 70 años. En cierto sentido, estas severas limitaciones hacían todavía más notable la capacidad de recomposición y flexibilidad del PDS.

Una nueva izquierda

Lo que transformó una fuerza regional en una fuerza nacional fue el giro neoliberal del gobierno de Schröder. Se produjeron manifestaciones en toda Alemania contra «Hartz IV», pero el PDS convocó las más numerosas en sus bastiones orientales, llegando a reunir en alguna ocasión a 100.000 manifestantes. En el Oeste, las agrupaciones apoyadas en los sindicatos que rompieron con el SPD constituyeron una lista que se presentó, sin gran éxito, en las siguientes elecciones a los gobiernos de los *Länder*, produciéndose cautas discusiones sobre la posibilidad de algún tipo de cooperación entre ambas fuerzas. La decisión de Schröder de convocar unas precipitadas elecciones en 2005 galvanizó lo que de otro modo podría haber sido un dilatado e inconclusivo proceso. Presentándose con una plataforma común tan simple como *die Linke* [la Izquierda] su alianza cosechó el 8,7 por 100 del voto nacional, situándose por delante de los Verdes y no lejos del FDP, logrando 54 escaños en el Bundestag¹⁰. El catalizador de este éxito fue Oskar Lafontaine, que volvía a la escena como líder del ala occidental de Die Linke. Odiado por abandonar el gobierno de Schröder antes de su giro hacia la derecha y temido por sus habilidades tácticas y retóricas, Lafontaine se convirtió a partir de ese momento en la *bête noire* del SPD: un traidor que todavía disfrutaba de un inmerecido reconocimiento nacional y ahora podía arañar la base electoral del partido. Y así fue en efecto. En los *Länder* occidentales, donde el PDS nunca había logrado obtener resultados sólidos, Die Linke pasó sin dificultad el umbral en una elección tras otra para entrar en la Asamblea –Bremen, Hamburgo, Baja Sajonia– presentando una variedad de candidatos locales. Todavía más decisivo, las encuestas nacionales daban a Die Linke entre el 10 y el 13 por 100 de los votos, convirtiéndolo potencialmente en el tercer mayor partido del país.

Tras el ascenso de Die Linke radica también el declive prolongado en el tiempo de los dos partidos dominantes de la República de Bonn. A mediados de los años setenta la CDU-CSU y el SPD controlaban el 90 por 100 del electorado. En 2005, su cuota se había hundido al 70 por 100. La secu-

¹⁰ Sobre la emergencia de Die Linke, véase Dan Hough, Michael Koss y Jonathan Olsen, *The Left Party in Contemporary German Politics*, Basingstoke, 2007, pp. 134-153, estudio que también cubre la evolución del PDS durante la coalición rojiverde.

larización y la terciarización han reducido sin contemplaciones lo que una vez fue el núcleo de sus respectivos electorados. Los católicos practicantes, que representaban el 46 por 100 del electorado de la CDU-CSU en 1969, habían caído a un 12 por 100 en 2005; los trabajadores manuales sindicalizados, una vez el 25 por 100 de los votantes del SPD, eran ahora el 9 por 100. Sus afiliados también habían declinado estrepitosamente: el SPD había pasado de contar con 940.000 miembros en 1990 a 530.000 en 2008; la CDU caía a su vez de 750.000 a poco más de 530.000, superando por primera vez a su rival; la CSU, que ha capeado mejor el temporal, ha pasado de 186.000 afiliados a 166.000¹¹. Tras la guerra, bajo un sistema electoral que distribuye los escaños en el Bundestag proporcionalmente a los votos de todos los partidos que han obtenido al menos el 5 por 100 de los votos emitidos, la formación de un gobierno ha requerido habitualmente la participación del FDP, que ejercía la función de bisagra entre los dos bloques. Con la emergencia de los Verdes en los setenta, este sistema tripartito gradualmente se convirtió en una disputa a cuatro bandas, haciendo posible por primera vez un gobierno sin el FDP en 1998 cuando se forjó la coalición rojiverde.

La consolidación de Die Linke, se creía, transformaría este cálculo político haciendo matemáticamente más difícil cualquier combinación de dos partidos que pudiese lograr la mayoría requerida en el Parlamento, a no ser que se tratara de la gran coalición entre cristianodemócratas y socialdemócratas de acuerdo con el modelo actual. Esta ha sido durante mucho tiempo la fórmula en Austria, y podría finalmente ser, *faute de mieux*, la imperante en Alemania. Pero las tradiciones políticas de los dos países no son las mismas. La división institucionalizada de puestos en el Estado y la economía entre católicos y socialistas en el sistema *Proporz*, un formación-reacción que se remonta a la guerra civil austriaca de los años treinta, nunca ha conocido una réplica en la República Federal donde las grandes coaliciones, susceptibles de todos modos de ser desestabilizadas por las competitivas elecciones a los *Länder*, siempre han sido contempladas por ambos partidos como sustitutos anormales que estimulan el extremismo en sus flancos y que deben ser puestas a buen recaudo lo antes posible. Durante los años sesenta, fue la CDU la que perdió terreno en la gran coalición en beneficio del SPD. Hoy sucede lo contrario, beneficiándose de tal escenario Merkel y sus colegas a expensas de una socialdemocracia aparentemente sin fuerza ni estrategia, dado que la marcha de Schröder había dejado un partido dividido que se aleja torpemente del centro para contrarrestar el ascenso de Die Linke, provocando la ira de su ala neoliberal sin mucho que ganar por ello electoralmente. Con su cuota ahora rondando un 25 por 100 del electorado, mínimo nunca antes alcanzado en la historia de

¹¹ Véase respectivamente David Conrath, «The Tipping Point: the 2005 Election and the De-Consolidation of the German Party System?», *German Politics and Society* XXIV, 1 (primavera de 2006), p. 13; Hermann Schmitt y Andreas Wüst, «The Extraordinary Bundestag Election of 2005», *German Politics and Society* XXIV, 1 (primavera de 2006), p. 34. Respecto a los datos, véase el cuadro 1 en Oskar Niedermeyer, «Parteimitglieder in Deutschland: Version 2008», *Arbeitshefte aus dem Otto-Stammer-Zentrum* 13, Berlín, 2008.

posguerra, el SPD se enfrenta a la perspectiva de una crisis estructural. En realidad, lo que la unificación ha generado es un nuevo sistema político.

¿Rojo-rojo-verde?

En la República de Berlín, las fuerzas sumadas del SPD, los Verdes y Die Linke han disfrutado hasta la fecha de una mayoría sociológica que nunca estuvo al alcance de la socialdemocracia durante los años de Bonn: aproximadamente el 53 por 100 en 1998, el 51 por 100 en 2002 y 2005 frente al 41, el 46 y el 45 por 100 para la CDU, la CSU y el FDP. Pero esta alteración estructural del equilibrio subyacente de fuerzas en el país permanece hasta el momento excluida de antemano a escala federal. El PDS y ahora Die Linke han sido considerados inaceptables como socios respetables en un gobierno nacional imputándoles la tara de su descendencia del comunismo. En 1998 y 2002, el SPD y los Verdes no necesitaron al PDS para lograr la mayoría en el Bundestag, pero en 2005 Schröder cesó de ser canciller únicamente por mor del tabú que le impidió formar gobierno con el apoyo de Die Linke. Si el SPD y los Verdes hubieran estado dispuestos a aceptarla, los tres partidos juntos habrían disfrutado de una robusta mayoría parlamentaria de 40. Como esta mayoría era impensable, el SPD se vio obligado a arrojarse en brazos de la CDU-CSU como socio menor, lo cual como no podía ser de otro modo, fue en su detrimento.

Los logros de la gran coalición han sido en su mayor parte una historia en absoluto atractiva de disputas en torno a reformas social-liberales de bajo nivel, en un momento en el que la reanimación económica de 2006-2007 redujo el desempleo y absorbió el déficit gracias a unos ingresos fiscales al alza, antes de que el país se precipitará en una profunda depresión a finales de 2008. Merkel, gobernando durante una recuperación que debía poco a su mandato, y una depresión que se hallaba no menos lejos de su control, se ha beneficiado de ambas, con niveles de aprobación que no se hallan al alcance en absoluto de cualquier potencial candidato del SPD que opte a su puesto en 2009. Pero esta popularidad, probablemente tan perecedera como cualquier otra, debe más a una actitud cuidadosamente cultivada de *Sachlichkeit* [practicidad] femenina carente de pretensiones, a la puesta en escena de los espectáculos de la política exterior –G8, eurocumbres– y al temor actual ante la inestabilidad, que a una especial reputación de eficacia doméstica. En la oposición, Merkel ocupó posiciones en la derecha dura del espectro político, apoyando la invasión de Iraq y atacando la dependencia de las políticas sociales. En el poder, aunque más anticomunista que Schröder y más fría con Rusia, se ha desplazado hacia el centro, haciendo difícil distinguir su mandato del de su antecesor. *Fortwursteln* [apanárselas uno como pueda] sigue siendo el eslogan tácito¹².

¹² Un lúcido análisis de los obstáculos sistémicos existentes para tomar medidas radicales por parte de todos los gobiernos alemanes hasta la fecha y una previsión pesimista sobre la

Atrapado en una debilitante cohabitación, con su intención de voto descendiendo continuamente y dadas las circunstancias, el SPD corre el riesgo de sufrir una dura derrota en 2009. Los intentos de detener la expansión de Die Linke con unos cuantos gestos sociales –proposición de un salario federal mínimo, restauración de los subsidios para transporte– han causado poca impresión entre el electorado. De modo desesperante, el desafortunado presidente del partido, Kurt Beck –el cuarto en cinco años–, abogó por introducir determinadas modificaciones en «Hartz IV», considerado como el más grave de los agobios que pesaban sobre su cuello, antes de ser apeado por la todavía fuerte derecha del SPD, que ha colocado al factótum de larga data de Schröder, el ministro de Asuntos Exteriores Steinmeier, como su candidato a canciller. Más allá de tal cúmulo de torpezas, los miembros más jóvenes del partido con responsabilidades han comenzado a contemplar lo impensable: llegar a un entendimiento con Die Linke. La lógica estadística de una coalición rojiverde/rojo oscuro, hace mucho tiempo teóricamente evidente, corre el riesgo de convertirse en un tormento cada vez más útil para la socialdemocracia alemana. En Berlín, Klaus Wowereit ha mantenido la capital para el SPD gracias a un acuerdo con el PDS-Linke durante siete años, sin contar siquiera con el apoyo de los Verdes. Pero a efectos políticos, Berlín cuenta como parte del Este y su perfil de gran ciudad la separa en todo caso del resto del país; Wowereit, por su parte, se inscribe en el fenómeno de alcalde para bien de determinadas metrópolis, fuerte en apariciones públicas y acontecimientos –menos en cuestiones presupuestarias o prestación de servicios públicos– que ha producido a Livingstone en Londres, a Delanoë en París y a Veltroni en Roma. Su aritmética electoral es demasiado atípica como para ofrecer un paradigma más amplio. Más significativa ha sido la debacle del SPD en Hesse, donde el líder del partido local, Andrea Ypsilanti, tras prometer inquebrantablemente no suscribir pacto alguno con Die Linke, intentó formar un gobierno rojiverde dependiente por un estrechísimo margen para disfrutar de la mayoría del apoyo de Die Linke, que de haberse consumado habría supuesto un paso cuyas implicaciones no escapan a nadie. Una vez roto el tabú en un *Länder* occidental, podría replicarse a escala federal.

Entre esa posibilidad y la realidad media, sin embargo, una distancia considerable. En parte esto es así porque para que la dosis de una coalición alternativa sea bebida –y resulta realmente amarga para el aparato del partido– los Verdes, cuyos días de insurgencia contracultural pasaron hace mucho tiempo, también tienen que mostrarse de acuerdo. Una vez instalados en el poder en la República de Berlín, los Verdes se desplazaron más a la derecha que el SPD bajo Schröder, mostrándose partidarios del libre mercado y aceptando políticas abiertamente pro OTAN, que habrían sido anatema en los años setenta. El partido se ha convertido cada vez más en un sostén

gran coalición, se encuentra en Wolfgang Merkel, «Durchregieren? Reformblockaden und Reformchancen in Deutschland», en Jürgen Kocka (ed.), *Zukunftsfähigkeit Deutschlands*, Berlín, 2007, pp. 27-45.

domesticado del *establishment*, habiéndose llenado sus filas con *yuppies* políticamente correctos que compiten con el FDP como versión más blanda del liberalismo alemán. La propia evolución de Fischer, de *enfant terrible* de la facción *Putz* de Lucha Revolucionaria en Frankfurt a niño mimado de Madalaine Albright, constituyó una versión exagerada de este desarrollo. Pero su preeminencia como el talismán verde en las plataformas electorales y su consiguiente adulación en los medios de comunicación, significaban que él podía encaminar al partido todavía más a hacia un atlantismo devoto [*kaisertrau*] que de otro modo podría haberse desvanecido¹³. Con su marcha, el partido ha mostrado signos de intentar retirarse de la aventura occidental en Afganistán, aunque tan solo sea por el alto grado de impopularidad que la misma está cosechando. Estructuralmente, sin embargo, el partido ha cambiado lo suficiente como para ser un posible socio en el poder de la CDU. Una coalición verdi-negra ya existe en Hamburgo, y gran parte del partido, dejando de lado matices de política energética, se halla ahora en muchos aspectos más próxima a Merkel que a Lafontaine. Menos claro resulta en qué medida sus votantes aceptarían un matrimonio con el centro-derecha, lo cual constituye la principal inhibición para que se produzca tal escenario.

Si los Verdes desdeñan hablar de un «bloque de izquierdas», el SPD se halla más dividido y sus figuras más jóvenes, como el vicepresidente del partido Andrea Nahles, se muestran dispuestas a barajar la perspectiva de esa alianza en el futuro. Pero a su vieja guardia, por no hablar de los furibundos modernizadores neoliberales, ambos visceralmente anticomunistas, le repugna la idea y no hay que olvidar que todavía disfruta de un amplio apoyo intelectual. Para los historiadores liberales de izquierda, como Hans-Ulrich Wehler y Heinrich August Winkler, el mero pensamiento de que el SPD pueda entrar en tratos con el estalinista Gysi y con el renegado Lafontaine les evoca pesadillas de Weimar, cuando el partido no logró percibir la necesidad de abandonar sus ilusiones marxistas y forjar una sólida alianza con el centro católico y los liberales moderados contra los peligros del extremismo revolucionario¹⁴. La prensa, naturalmente, arroja su peso en el mismo sentido. En Hesse, la derecha del partido no ha vacilado en torpedear la posibilidad de un gobierno del SPD, prefiriendo entregar el poder a una coalición negro-amarilla –que obtuvo una aplastante victoria después de que Ypsilanti fuera abandonado por su más estrecha colaboradora– antes que permitir ser contaminados por el comunismo. ¿No perdería fatalmente el SPD en

¹³ En las palabras de un historiador satisfecho: «Joschka Fischer encarna el logro de la exitosa democracia de la República Federal: inciándose como un rebelde militante radical, ascendió pasando por diversos puestos hasta llegar a la cúspide del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se ganó el respeto por encima de fronteras partidistas. Fischer protagonizó una marcha tan dilatada a través de las instituciones que se convirtió él mismo en una institución», E. Wolfrum, *Die geglückte Demokratie*, cit., p. 479. Para un retrato más severo, véase Michael Schwelien, *Joschka Fischer. Eine Karriere*, Hamburg, 2000. Schwelien es un escritor de *Die Zeit* que con antelación señaló al favorito de Fischer, el escurridizo Cem Özdemir, actual presidente de los Verdes, como su probable sucesor: pp. 62, 65-66.

¹⁴ Para una vigorosa reedición de esta alarma, véase el artículo de Hans-Ulrich Wehler, «Wird Berlin doch noch Weimar?», *Die Zeit*, 5 de julio de 2007.

todo caso su posición centrista si se viera tentado a tratar con los parias situados a su izquierda? Este tipo de argumentos podrían paralizar durante mucho tiempo la lógica social de un realineamiento.

¿Qué decir finalmente de la propia Die Linke? Como cualquier formación híbrida se enfrenta a la tarea de soldar sus fracciones dispares en una fuerza política dotada de una identidad común. Antes de la fusión, su componente vinculado al PDS había sufrido un desgaste todavía más importante del número de afiliados –biológicamente determinado– que los grandes partidos, aunque había aumentado su número de votantes. La capacidad del nuevo partido de apelar a una generación más joven en todo el país será fundamental para su futuro. Programáticamente, la resistencia a una mayor desregulación de los mercados y a la erosión de las protecciones sociales le confiere una fuerte posición negativa. En cuanto a las propuestas económicas positivas, no se halla mejor dotado que cualquier otro espécimen de la izquierda europea. En teoría –e incluso en la práctica, como muestra la experiencia de Berlín– su postura respecto a los asuntos nacionales no es tan radical como para excluir la colaboración con él del SPD. El punto de fricción radica en otra parte: en el rechazo de Die Linke a apoyar las operaciones militares alemanas llevadas a cabo por Occidente en el exterior. Por aquí pasa la línea divisoria para la totalidad de la clase política europea. Ninguna fuerza que rechace aceptar las exigencias planteadas por el *imperium* atlántico –como los Verdes hicieron efusivamente en Alemania, el PCF en Francia y Rifondazione Comunista en Italia reticentemente para conservar sus impotentes carteras ministeriales menores– pueden contemplarse como *salonfähig* [aceptables]. Únicamente la aceptación de las expediciones de la OTAN, con o sin la hoja de parra de Naciones Unidas, cualifica a un partido como socio responsable de gobierno. Es aquí –el conflicto en torno a Gysi en el PDS puede tomarse como piedra de toque– donde la presión del sistema sobre Die Linke se aplicará con más intensidad.

III. SOCIEDAD

Si el efecto a largo plazo de la unificación ha sido liberar un doble movimiento antitético en Alemania, que ha desplazado la economía objetivamente hacia la derecha y la política potencialmente hacia la izquierda, la interacción entre ambos se ha visto mediada por la evolución de la sociedad en la cual cada una de ellas se halla inserta. Aquí los cambios no han sido menos pronunciados a medida que el paisaje de la República de Berlín experimentaba una polarización constante. En la cúspide, las restricciones tradicionales que pesaban sobre la acumulación y exhibición de riqueza se olvidaron cuando los mercados de capitales fueron desarticulados, y las normas anglo-estadounidenses de retribución de los ejecutivos naturalizadas por las empresas alemanas. Schröder, al suprimir la tributación de los tramos más elevados del impuesto de la renta y del impuesto de sociedades y al rechazar el impuesto sobre el patrimonio, otorgó su propia bendición en forma de *enrichissez-vous* [enriqueceos] al proceso. Estructuralmente, lo cual es mucho

más importante, al abolir la tributación de las ganancias de capital derivadas de la venta de participaciones cruzadas, su gobierno estimuló la disolución de las inversiones a largo plazo efectuadas por los bancos en las empresas y la participación recíproca en las mismas, tradicionalmente fundamental para el corporatismo alemán, o dicho con la locución consagrada, para el modelo «renano» de capitalismo. En su lugar, el valor del accionista ocupó una posición predominante. La primera adquisición hostil importante, una operación hasta el momento desconocida en Alemania, se produjo un año después de que Schröder llegará al poder cuando Vodafone se apropió de Mannesmann. Los *hedge funds* y las entidades de *private equity* invadieron pronto el país cuando los bancos y las empresas se desprendieron de sus participaciones cruzadas. En 2006, los compradores extranjeros habían adquirido una media de más del 50 por 100 de las empresas más rentables cotizadas en bolsa, esto es, de las treinta empresas que ocupan los puestos superiores del índice DAX¹⁵. En dirección opuesta, el capital alemán creció en el exterior al igual que el volumen de su nivel de adquisiciones concebidas como inversión local, a medida que aumentaba el número de empresas industriales que se deslocalizaron en busca de ubicaciones más rentables. Casi la mitad del valor añadido de las exportaciones alemanas se produce ahora fuera del país¹⁶. La prensa económica tenía toda la razón para mostrarse satisfecha ante el *Kapitalentflechtung* [desenmarañamiento del capital] y la descomposición de un *Modell Deutschland* más vetusto y restrictivo.

Durante estos años, célebre entre las expresiones del cambio fue la emergencia de una nueva raza de ejecutivos formadas en la horma estadounidense, individuos que tienen poco tiempo para la charla sentimental de los sindicatos como socios o de los empleados como partícipes; que recurren a la reestructuración de las empresas en los años buenos y en los malos; que defienden la maximización del valor del accionista sin inhibiciones corporatistas y que se recompensan a sí mismos a una escala hasta ahora nunca vista. La figura emblemática de esta transformación ha sido Josef Ackermann, importado de Suiza para dirigir el Deutsche Bank, la mayor institución financiera del país y actualmente ejecutor de pro de hipotecas en Estados Unidos. Enmarañado en un litigio por su papel en la venta de Mannesmann, pero acreedor de un éxito notable en estimular los beneficios y reducir los efectivos de personal, su salario pronto pasó a ser doce veces el de su famoso predecesor, Alfred Herrhausen, un amigo íntimo de Kohl asesinado en 1989. Con un sueldo de 14 millones de euros al año, esta cifra representa solo una parte de las ganancias de los ejecutivos mejor

¹⁵ «The Coming Powers: How German Companies are Being Bound to the Interests of Foreign Investors», *Financial Times*, 1 de abril de 2005. Descendiendo en la escala, el *Mittelstand* (las pequeñas y medianas empresas) sigue siendo tradicionalmente patriarcal, estando el 94 por 100 del conjunto de las empresas alemanas controladas por grupos familiares, incluidas alguna grandes corporaciones. Véase «Legacies on the Line», *Financial Times*, 9 de diciembre de 2008.

¹⁶ «Why Germany is Again the Engine of Europe», *Financial Times*, 29 de marzo de 2007.

pagados, pero supone una alteración de escala suficiente como para atraer el comentario público¹⁷. Los jefes más jóvenes, cortados por el mismo patrón en Siemens, Daimler-Benz, Allianz y empresas similares, aspiran a niveles parecidos de retribución. Bajo ellos, el crecimiento del desempleo de larga duración y la falta de empleo para los jóvenes, a menudo inmigrantes, han creado la correspondiente subclase de quienes se hallan por debajo del umbral oficial de pobreza, cuyo contingente se estima en un quinto de la población, lo cual ha suscitado también una considerable discusión pública que lo percibe como un problema preocupante, y quien sabe si un peligro acechante, desconocido en la República de Bonn. Avaricia en la cúspide, abandono en los peldaños más bajos: ausencia de satisfacción en la autoimagen de una democracia socialmente solícita y moralmente cohesiva enronizada en el consenso de posguerra.

Hasta ahora, la creciente desigualdad que estas tendencias prometen permanece moderada si la comparamos con las cotas angloestadounidenses. Las comunidades valladas son todavía una rareza. Las áreas urbanas hiperdegradadas, donde se concentran ahora los migrantes que representan un quinto de la población urbana, se pueden estar convirtiendo en una realidad, pero las revueltas de los guetos todavía tienen que estallar. Comparativamente hablando, el capitalismo alemán continúa estando menos polarizado que muchos de sus competidores. Pero la tendencia, como en otras partes, es nítida: entre 2003 y 2007 los beneficios empresariales crecieron un 37 por 100, los salarios un 4 por 100; entre el 25 por 100 de los trabajadores peor pagados los salarios reales han caído en realidad un 14 por 100 desde 1995¹⁸. Menos habitual es la percepción popular de estos cambios. La República de Bonn fue famosa por el americanismo de su perspectiva oficial y de su vida cultural, llegando a poseer el *establishment* político e intelectual más leal a Washington de Europa, inmovible en su «incondicional orientación hacia Occidente», dicho con la ardiente frase de Habermas. Buena parte de esa actitud respondía al servilismo reflejo de los derrotados, tan –consciente o inconscientemente– táctico y temporal como en otros casos similares. Pero siempre hubo un aspecto notable en el que Alemania Occidental después de la guerra se asemejó, no gracias al autoengaño sino realmente, más que cualquier otra sociedad europea importante, a Estados Unidos. Y lo fue en la relativa ausencia de una jerarquía tradicionalmente estratificada de clase social en el país. Los dos socios nacionales no eran por supuesto muy similares, y todavía menos era esa ausencia absoluta, pero en ciertos aspectos un parecido de familia producía los mismos resultados.

La razón radica en la caída del Tercer Reich, que se llevó con él a gran parte de las elites que habían conspirado con Hitler. La pérdida de Prusia oriental y de Silesia y la creación de la DDR destruyeron el grueso de la clase

¹⁷ Rainer Hank, «Angekommen im Globalen Kapitalismus. Die Manager der Berliner Republik», *Merkur* 689-690 (sep-oct de 2006), p. 909.

¹⁸ «Berlin to Boost Share Ownership», *Financial Times*, 28 de agosto de 2008; y «Politicians Focus on Filling the Pockets of the Populace», *Financial Times*, 29 de septiembre de 2008.

aristocrática que había continuado proyectando su larga sombra, fundamentalmente mediante su dominación sobre las fuerzas armadas durante la República de Weimar¹⁹. Las dinastías industriales del Ruhr fueron decapitadas, Krupp, Thyssen y Stinnes nunca recuperaron sus antiguas posiciones. Los supervivientes individuales de estas formaciones –un Dönhoff o un Lambsdorff; un Porsche o un Mohn– podían hacer carreras o reconstruir sus empresas después de la guerra, pero la identidad y el poder colectivo fueron decisivamente debilitados. Alemania Occidental, burguesa se la mirara como se la mirase, se sentía relativamente privada de clase porque en este sentido carecía de elite. Incluso hoy, si comparamos sus elites con las de Gran Bretaña, Francia o Italia, que sobrevivieron a la guerra más o menos intactas, resulta mucho menos claro cómo son reclutadas: ausencia de colegios privados, ausencia de *grandes écoles*, ausencia de promoción a través de la iglesia. En realidad, en este aspecto, la Bundesrepublik parece más socialmente acéfala que incluso Estados Unidos, donde los *colleges* de la Ivy League siempre han proporcionado una vía de acceso rápida a Washington o Wall Street, y el coeficiente de Gini es en todo caso muy superior.

Pero si la República de Bonn carecía de cualquier estrato privilegiado nítidamente definido en su cúspide, contenía masas trabajadoras en su base con un sentido mucho mayor de su pasado y su posición en la sociedad que sus homólogas en Estados Unidos. El proletariado alemán, históricamente un producto más tardío que el británico, nunca desarrolló exactamente la misma densidad cultural que le permitiera erigirse como un mundo aparte del resto de la sociedad. Pero si su identidad colectiva era en ese sentido algo más débil, su conciencia colectiva, como actor político potencial, fue casi siempre superior. Aunque ambas se encuentran muy mermadas en la actualidad, la clase trabajadora alemana –menos pulverizada por la desindustrialización en una economía en la que el sector industrial sigue teniendo mayor peso– conserva una influencia práctica y moral en el sistema político que los trabajadores británicos han perdido.

En esta configuración, en la que la ausencia de elites de larga data que disfrutaran de la deferencia tradicional se combina con la presencia de un movimiento obrero de ningún modo agresivo pero sí imposible de ignorar, el impacto de la intensificación de las desigualdades y de una estrato más visible de directivos y otros *nouveaux riches* ha sido significativamente más explosivo que en otras partes. Virtualmente en todo el mundo, las encuestas de opinión muestran una amplia creencia en que la desigualdad ha crecido durante las últimas décadas y que debe ser reducida. También muestran el pequeño número de quienes piensan que lo será. El resentimiento pasivo antes que la protesta activa es la nota predominante. La redistribución tiene poco gancho electoral, si es que tiene alguno. Alemania parece a este respecto la excepción. Aquí, la percepción pública se ha orientado robusta-

¹⁹ Para un panorama de la influencia aristocrática antes de la guerra, véase Christopher Clark, *London Review of Books*, 9 de abril de 2009.

mente contra la continua polarización de la renta y de las oportunidades de vida, forzando a Merkel a arrojar algunas migajas de solidaridad social bajo la presión de la CSU y del ala obrera del propio partido; y obligado al SPD a atacar a los *hedge funds* calificándoles de langostas y a echar marcha a atrás con la Agenda 2010 incluso antes del colapso de los mercados financieros en 2008²⁰. Este fue básicamente el contexto que permitió a Die Linke efectuar ganancias tan importantes, siendo como era la organización que se mostraba partidaria de políticas más igualitarias. En este sentido, la fuerza residual de las organizaciones del movimiento obrero en el Oeste no fue el único aporte favorable, sino que el partido también se benefició de contar con profundas raíces en el Este donde los trabajadores pueden encontrarse en una posición de debilidad, pero la desigualdad es menos aceptada como el orden natural de las cosas. Su ascenso es todavía más sorprendente, por supuesto, dado que se manifiesta tan netamente contra la tendencia del periodo. Pero si Alemania, antes que cualquier otro país en Europa, ha producido una nueva fuerza a la izquierda del orden establecido, es también porque el tema de la «injusticia social» se ha convertido, por el momento al menos, en un debate nacional.

IV. CULTURA

Por su naturaleza este es un discurso de división: algunos disfrutaban ventajas que otros no pueden disfrutar y no hay razón defendible ni para su fortuna ni para nuestra necesidad. Pensamientos elementales, pero novedades en la política del *establishment* de la República Federal donde el eslogan siempre ha sido, y sigue siendo, consenso: la unidad de todos los ciudadanos inteligentes en torno a una economía próspera y un Estado pacificado sin conflictos sociales o contradicciones estructurales. Ningún otro sistema político en la Europa de posguerra es tan ideológicamente desconfiado y adverso a cualquier expresión de palabras duras u opiniones irreconciliables; tan devoto de la banalidad y la blandura. La búsqueda de respetabilidad después de 1945, los controles y equilibrios, la etiqueta de las coaliciones, todo ello ha contribuido a dotar de un estilo específicamente alemán a la política, un código inconfundible de arrogante y sentencioso conformismo. No se trataba, por supuesto, de un mero manierismo ideológico, sino que reflejaba la realidad de una convergencia bipartidista –cristianodemócrata y socialdemócrata– en torno a un modelo corporatista de desarrollo concebido para cuadrar todos los intereses: naturalmente, cada uno de acuerdo con su puesto, una especie de *Mitbestimmung* [cogestión] de mayores dimensiones, como una constitución para la armonía social.

²⁰ En el verano de 2007, casi el 75 por 100 de los encuestados opinaba que el gobierno estaba haciendo poco por la justicia social, el 68 por 100 quería ver en vigor un salario mínimo, y el 82 por 100 una vuelta de la edad de jubilación a los 65 años: Thomas Schmidt, «Demoskopie und Antipolitik», *Merkur* 709 (junio de 2008), p. 532.

Este consenso es objeto ahora, por primera vez desde la década de los sesenta, de una intensa presión. Por un lado, las demandas de justicia social corren el riesgo de desgarrar la unidad ficticia que ha cultivado. El nombre recibido por este peligro, espantoso para cualquier experto o político que se respete a sí mismo, y que amenaza el legado de Bonn desde la izquierda, es populismo y se encarna en el demagogo Lafontaine. Pero el mismo consenso se hallaba también bajo presión desde la dirección opuesta en la forma de una opinión que lo ataca en nombre del liberalismo y exige un nuevo paradigma de la política digno del desplazamiento a Berlín. Para estos críticos del *statu quo*, el espíritu vital de la Alemania de posguerra siempre careció de lo que las sociedades angloestadounidenses han poseído desde hace mucho tiempo: un sentido de libertad individual, una sospecha del Estado, una fe en el mercado, una disponibilidad a asumir riesgos: la tradición de Locke, Smith, Jefferson, Ricardo, Mill y sus sucesores²¹. Políticamente, la marginalidad del FDP reflejaba la debilidad de cualquier perspectiva similar en la República Federal. Incluso el equivalente alemán más próximo tras 1945, la Escuela de Friburgo de los ordoliberales –Eucken, Müller-Armack, Röpke– todavía tenía, a pesar de toda su influencia positiva sobre Ludwig Erhard, una visión demasiado limitada de lo que precisa una sociedad libre, como había demostrado la captura de su eslogan originalmente antiestatista de una «economía social de mercado» por el pegajoso corporatismo de los años posteriores. Se precisaba de una ruptura más radical con los inveterados reflejos nacionales más próxima al temperamento intransigente de un Hayek o un Popper.

Esta línea de razonamiento, que golpea al acuerdo de posguerra desde un ángulo poco familiar, ha sido una elaboración de la opinión intelectual distante de cualquier obvio sentimiento popular, pero que ha resonado a través de una amplia gama de medios de comunicación. ¿Qué importancia tiene políticamente? La tradición alemana, como es sabido, tendía a separar el mundo de la cultura del mundo del poder, como una compensación o una esfera superior al mismo. En su reciente estudio *The Seduction of Culture in German History*, Wolfgang Lepenies carga a esta orientación de una parte significativa de la culpa de la rendición del país al autoritarismo, del Segundo al Tercer Reich, señalando en particular el fracaso de tantos pensadores y escritores alemanes a la hora de defender la República de Weimar, o en realidad, en tantos casos, su abierta hostilidad o desprecio hacia la misma. En el periodo de posguerra, y así prosigue su argumento, tales actitudes gradualmente se desvanecieron: «La senda especial de Alemania se incorporó a la corriente predominante de la democracia parlamentaria, el mercado y el imperio de la ley. Contraponer cultura y civilización había dejado de tener sentido, como tampoco lo tenía pensar en la cultura como sustituto de la política». En 1949 Leo Strauss se quejaba de que el pensamiento alemán se había vuelto indistinguible del pensamiento occidental en general. En reali-

²¹ Para una aguda versión de esta queja del editor jefe de *Die Zeit*, véase Josef Joffe, «Was fehlt?», *Merkur* 689-690 (sep-oct de 2006).

dad, comenta Lepenies, en tal asimilación radica «una de las grandes historias de éxito político del siglo XX»²². Las tentaciones y desilusiones de Alemania como *Kulturnation* [nación de la cultura] fueron finalmente dejadas de lado en pro de un sustancial ajuste al mundo cotidiano de la política contemporánea en Bonn.

Desde esta perspectiva, en torno a 1968 se produjo un turbulento interludio cuando los estudiantes rechazaron la nueva normalidad bajo la influencia de tradiciones que en ese momento habían agotado su tiempo y no eran necesariamente del mismo tipo que aquellas que habían tenido más curso durante el periodo de entreguerras, pero a su modo no menos desdeñosas de mercados y parlamentos. Sin embargo, tales fiebres revolucionarias se pasaron pronto dejando tras sí únicamente un moderado *Schwärmerei* [entusiasmo] contracultural, que finalmente reapareció en una inofensiva política verde. Tras ello, el clima intelectual en la República Federal reflejó en general la estabilidad del sistema político. Nunca una cultura está hecha de una pieza y siempre persisten contracorrientes, pero si el largo mandato de Kohl, como algo distinto del sistema sobre el que presidía, encontró nuevos admiradores, la «dominante» cultural del periodo podría describirse como una versión teórica de las prácticas de gobierno en un registro más liberal de izquierdas. Los dos pensadores emblemáticos de esos años podría decirse que ilustran, cada uno a su propia manera, la validez del diagnóstico de Lepenies, exhibiendo la reconciliación de la cultura y el poder en una pacificada democracia alemana. Ambos compartían, como no podía ser de otro modo, un común punto de partida estadounidense: *The Social System* de Talcott Parsons, un trabajo que en ninguna otra parte de Europa disfrutó de una recepción similar.

La voluminosa *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas, que apareció en 1981, proporcionó una variación afirmativa sobre Parsons, desarrollando su énfasis idealista sobre la integración de los valores como base de cualquier orden social moderno en una concepción todavía más pomposa del consenso, no solo como marchamo de una democracia política, sino como piedra de toque de verdad filosófica. Niklas Luhmann ofreció una variante hosca radicalizando el análisis de Parsons de los subsistemas diferenciados presentes en una sociedad –economía, organización política, familia, etc.– en una teoría de su completa autonomización como órdenes que se autorreproducen y se autoajustan sin agencia subjetiva o interpenetración estructural alguna funcionando simplemente para reducir la complejidad de los entornos situados en el exterior de ellos. Si bien menos agradable para la opinión más refinada, la construcción tácita de Luhmann de la República de Bonn como un complejo objetivo de un elevado número de mecanismos de rutina burocrática desbarataba cualquier empresa crítica. Si Habermas decía a sus lectores que las cosas podían ser como debían ser –y bajo la protección de la *Grundgesetz* la mayoría lo eran–, el mensaje de

²² Wolfgang Lepenies, *The Seduction of Culture in German History*, Princeton, 2006, p. 128 [ed. cast.: *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid, Akal, 2008].

Luhmann era más seco, pero no menos tranquilizador: las cosas eran como tenían que ser.

Situados en la cúspide de la teoría social, estos bloques de pensamiento controlaban el terreno. En el campo de la historia, otra disciplina de la mayor proyección pública, la escena era mucho más variada, con significativas figuras y escuelas conservadoras permanentemente activas. Pero también aquí la vanguardia de la investigación y de la intervención –la historia «societal» asociada con Bielefeld– consistía en un lealismo liberal de izquierdas, crítico del Segundo Reich como antecámara del Tercero, y matriz de origen que trazaba la senda de una *Sonderweg* [senda especial] reaccionaria que al separar a Alemania de Occidente había conducido al desastre. Aquí el énfasis político recaía sobre el contraste entre un pasado calamitoso y un presente transfigurado: la República de Bonn como todo lo que no había sido la República de Weimar: estable, consensual, leal para con la comunidad internacional. Tan prolífico como Habermas y un íntimo amigo de sus días de escuela, Hans-Ulrich Wehler no fue una presencia menos activa en la esfera pública sosteniendo los valores del acuerdo de posguerra con un *tranchant* [modo de proceder] idiosincrásico. Todavía más calibrado como instrucción para el presente fue el trabajo de Heinrich Winkler sobre el movimiento obrero alemán durante el periodo de entreguerras, que se explayó sobre la ceguera del fracaso del SPD a la hora de comprender que únicamente el compromiso con los partidos del centro burgués podía salvar la democracia alemana, como se había confirmado afortunadamente desde la guerra.

Disidentes derechistas

La hegemonía de una cultura liberal de izquierdas en sintonía esencial con el carácter del sistema político –aunque manteniendo siempre una distancia crítica de quienes en un momento u otro ocupaban el poder– nunca fue exclusiva. Corpus poderosos de escritura, cuya construcción se remontaba al periodo de entreguerras, continuaron circulando y ejerciendo influencia al tiempo que desplegaban otros efectos menos deferenciales con el *statu quo*. La Escuela de Frankfurt había sido uno de estos, central a la hora de detonar la rebelión de finales de los años sesenta. El consenso no era un valor caro para ella. Sin embargo, una vez que el punto álgido del hiperactivismo de la revuelta pasó o fue aplastado y el legado de Adorno y Horkheimer fue pasado por la batidora de la filosofía de la comunicación de Habermas, quedó poca memoria de la teoría crítica por la cual ellos habían luchado. La disonancia ahora vino de la derecha. Podía encontrarse en las figuras todavía activas de Heidegger, Schmitt, Jünger y Gehlen, todos comprometidos durante el Tercer Reich, cada uno de ellos una leyenda intelectual por derecho propio. Entre estos, Heidegger, el mejor conocido en el exterior, tuvo probablemente menor importancia, siendo su recepción durante el periodo de posguerra en Francia mayor que en la propia Alemania, donde bajo la influencia estadounidense la filosofía analítica penetró tempranamente; su oscura ontología tuvo tan sólo una escasa influencia sobre

los problemas políticos o sociales del periodo, como una visión genéricamente desolada de la modernidad tecnológica entre otras.

Los tres restantes, todos ellos –a diferencia de Heidegger– maestros de una tersa y vivaz prosa alemana, desplegaron una mayor influencia: Schmitt, la mente más despiadadamente brillante e inestable de su generación, por su capacidad caleidoscópica para conmover y arrojar la soberanía, el derecho, la guerra y la política hacia nuevas y devastadoras pautas interpretativas; Gehlen, por su siniestro sentido del cierre de las formas ideológicas y artísticas en las «cristalizaciones» de una *posthistoria* y la probabilidad de rebeliones estudiantiles y de lucha armada contra tal posibilidad; Jünger, por el asombroso arco de una trayectoria que pasó de la lírica de una civilización maquinica a profeta del desastre ecológico. Los calendarios y las áreas de su influencia no fueron los mismos, dado que dependieron en parte de sus situaciones personales. Schmitt, institucionalmente el más aislado, fue intelectualmente el más consultado, siendo testigo de cómo los juristas constitucionalistas se precipitaban sobre sus ideas muy tempranamente²³. Gehlen, que murió mucho más joven, fue estilizado como un contrapeso a Adorno. Jünger, que fue el más longevo, reconquistó el más total *droit de cité*, acabando por recibir todo tipo de honores, siendo incluso condecorado por Mitterrand. Pero aunque nunca residual, en el sentido que Raymond Williams otorga a este término, el mundo intelectual que tales pensadores representaban no podía competir con el consenso de posguerra como estirpe alguna de doctrina pública. Constituyó una alternativa al discurso dominante, ineludible aunque periférico, pero incapaz de desplazarlo. La hegemonía siguió siendo liberal de izquierdas.

A mediados de los años ochenta, se perfilaron las primeras premoniciones de cambio. El último gran libro de Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, apareció en 1985. Texto a la defensiva intelectualmente, se trata de una noble operación de rescate para salvar la idea de modernidad de los descendientes de Nietzsche, de Bataille a Foucault y Derrida, quienes estaban de nuevo mostrando sus lados más oscuros en una especie de antinomianismo extático. Si los peligros que Habermas discernía eran principalmente franceses, no pasó mucho tiempo antes de que se materializaran sus subvariantes alemanas. La *Crítica de la razón cínica* de Peter Sloterdijk, saludada respetuosamente por el propio Habermas, había echado la pelota a rodar dos años antes: un éxito de ventas nacido de una estancia con el gurú Bhagwan Rajneesh en Poona. Durante los siguientes veinte años siguió un torrente de obras al hilo de la primera que zigzagueó a través de todo terreno posible digno de excitación u objeto de moda, de la psicoterapia a la capa de ozono, de la religión a la ingeniería genética, y que catapul-

²³ La influencia jurídica de Schmitt se halla documentada en Dirk van Laak, *Gespräche in der Sicherheit des Schweigens. Carl Schmitt in der politischen Geistesgeschichte der frühen Bundesrepublik*, Berlín, 1993; y su impacto intelectual más amplio en Jan-Werner Müller, *A Dangerous Mind. Carl Schmitt in Post-War European Thought*, New Haven, 2003, pp. 76 ss., que como su título indica se extiende más allá del propio ámbito alemán.

tó a Sloterdijk al estatus de tertuliano y celebridad popular, una especie de versión teutónica, más caprichosa y corpulenta, de Bernard-Henri Lévy. La preeminencia de la razón comunicativa apenas podía sobrevivir al triunfo de las relaciones públicas. Los alumnos de Habermas, Albrecht Wellmer y Axel Honneth, han continuado produciendo trabajos valiosos y en ocasiones de un tenor más radical que los de su mentor, últimamente cada vez más preocupado por la religión. Pero las deferencias filosóficas de la paz de Bonn han desaparecido.

En el campo de la historia, la evolución fue diferente, ya que ahí se produjo desde mediados de la década de los ochenta un asalto más directo contra las cimas liberales de izquierda que fue exitosamente repelido, pero que marcó de todas formas un cambio de la opinión aceptable. El *Historikerstreit* [debate de los historiadores] de 1986 fue desencadenado por las opiniones defendidas por Ernst Nolte, quien sostenía que las atrocidades nazis fueron una reacción a los crímenes bolcheviques que se habían producido con anterioridad y que no deberían ser tratadas o consideradas como definiciones únicas o absolutas del pasado alemán. Esto pronto implicó a un grupo más amplio de historiadores conservadores, que efectuaron afirmaciones menos extremas, pero a ojos de sus críticos –Wehler y Habermas entre ellos– no solo menos exculpatorias de la criminalidad del Tercer Reich, sino también susceptibles de socavar la necesaria centralidad del judeocidio para la identidad de la Alemania de posguerra como memoria y responsabilidad²⁴. La rehabilitación nacional no iba a producirse de este modo. No cabe duda quién ganó esta disputa. Poco después, sin embargo, las tornas cambiaron cuando en su celo por impedir cualquier revitalización del sentimiento nacional las principales lumbreras del liberalismo de izquierda –Winkler, Wehler, Habermas– expresaron su reserva o su oposición a la reunificación del país, incluso cuando ya era evidente que estaba a punto de convertirse en realidad. Por muy justificadas que fueran sus objeciones a la forma en que ésta se produjo, era innegable que se trataba de una transformación de Alemania que ellos jamás habían concebido o deseado como sí lo habían hecho sus antagonistas. Aquí también el consenso dominante se había disuelto²⁵.

V. ¿ALBOROTADORES?

En el cambio gradual de la atmósfera intelectual destaca un catalizador. Desde la guerra, el principal periódico de ideas de Alemania ha sido *Merkur*, que

²⁴ J. Habermas, *Eine Art Schadensabwicklung*, Munich, 1987; H.-U. Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit?*, Munich, 1988.

²⁵ En el plazo de un año tras el *Historikerstreit*, había aparecido el libro del sociólogo Claus Leggewie, *Der Geist steht rechts. Ausflüge in die Denkfabriken der Wende*, Berlín, 1987, bullicioso paseo sobre lo que él consideraba las formas emergentes de un nuevo conservadurismo. En esta constelación, la figura más significativa fue Armin Mohler, secretario de Jünger y amigo de Schmitt, famoso como autor de *Die konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932. Grundriss ihrer Weltanschauungen*, que había aparecido en 1950; véase sobre él pp. 187-211.

puede reivindicar un récord de continua distinción sin parangón en Europa. Su extraordinario fundador y primer editor, Hans Paeschke, lo dotó de una variedad interdisciplinar –de las artes, pasando por la filosofía y la sociología, a las ciencias duras– de excepcional amplitud, y lo envolvió en una elegancia y una concisión coherentes. Pero lo que lo hizo único fue el credo de su editor. Inspirado por el enciclopedismo de Wieland, Paeschke dio a la amplitud ecuménica de su modelo de la Ilustración un giro más combativo, combinando la capacidad para la *Gegenwirkung* [contrarreacción] que Goethe había alabado en Wieland –quien había publicado a Burke y a Wollstronecraft indistintamente– con una *Polarisierung* de su cosecha como los principios gemelos del periódico. Ambos siguieron siendo las constantes en el liberalismo mudable de *Merkur*: primero conservador, después nacional, después izquierdista, tal como Paeschke posteriormente describió sus fases: una práctica editorial que daba la bienvenida a los opuestos y los enfrentaba entre sí. «Cuanto más liberal, más ricas las tensiones»²⁶. En un momento u otro Broch, Arendt, Curtius, Adorno, Heidegger, Brecht, Gehlen, Löwith, Weizsäcker, Voegelin, Borkenau, Bloch, Schmitt, Habermas, Weinrich o Benn aparecieron en sus páginas. En absoluto interesado en el *Wirtschaftswunder* [milagro económico], hostil a la Guerra Fría, de la opinión de que la Alemania de Adenauer era una «pseudomorfosis», Paeschke mantuvo buenas relaciones con escritores del Este y cuando la escena política cambió en los años sesenta, mostró su simpatía hacia la revuelta estudiantil y el giro de la *Ostpolitik*. Adverso ante cualquier tipo de *Syntheselei* [síntesis superficial], concibió el periódico socráticamente como una empresa dialéctica de acuerdo con el aforismo *Der Geist is eine Wühler*²⁷. El espíritu no es un reconciliador, sino un agitador.

Paeschke se retiró a finales de los setenta y en 1984 la sucesión pasó a Karl Heinz Bohrer, preminentemente equipado para desempeñar el papel de *Wühler*. Estudiante del romanticismo alemán y teórico de la obra temprana de Jünger, Bohrer hizo su debut en *Merkur* en 1968 con una defensa de la revuelta estudiantil contra los ataques liberales en la prensa del *establishment*, alabándola como la expresión, en su mejor momento, de un eclecticismo²⁸. No era la Escuela de Frankfurt, sostenía Bohrer, sino el surrealismo francés que Benjamin había admirado y Adorno despreciado, la inspiración apropiada para la rebelión en contra del detestable *juste milieu* [término medio] del sistema de Bonn²⁹. Estos eran los sentimientos de un escritor que pronto se iba a hacer un nombre como editor de la sección del *feuilleton* del principal periódico conservador del país, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, antes de discutir con sus superiores y ser enviado co-

²⁶ H. Paeschke, «Kann keine Trauer sein», *Merkur* 367 (diciembre de 1978), p. 1180: Paeschke tomó el título de esta hermosa despedida del periódico que él había editado del último poema de Gottfried Benn, escrito pocas semanas antes de su muerte y publicado en *Merkur*.

²⁷ H. Paeschke, «Vorbemerkung», en *Merkur. Gesamtregister für die Jahrgänge I-XXXII, 1947-1978*, Stuttgart, 1986, p. x. La frase procede de Burckhardt.

²⁸ K. H. Bohrer, «Die Missverständene Rebellion», *Merkur* 238 (enero de 1968).

²⁹ K. H. Bohrer, «Surrealismus und Terror», *Merkur* 258 (octubre de 1969).

mo corresponsal a Londres. Una década después volvió a la carga en *Merkur* con un impecable reportaje sobre el destino de los movimientos de 1968 –comparado con los de 1848 y 1870-1871– analizados como levantamiento y contracultura, ocupándose en el mismo de la política, el teatro, el cine, el arte, la teoría y la música, y señalando 1974 como el fin de una época revolucionaria en la que el tigre de Blake había merodeado desafiante las calles. Una mera restauración de la «piedad cultural de la vieja burguesía» ya no era posible, pero la nueva cultura había perdido por ahora su magnetismo: solo un artista como Beuys conservaba una fuerza anárquica de subversión³⁰. Las más profundas afinidades de Bohrer sintonizaban con «lo repentino» como el momento peligroso, sin pasado o futuro, en el que la verdadera experiencia estética rompe la continuidad de la existencia y así, potencialmente, el tejido social. Capturado por Nietzsche, Kierkegaard, Hofmannsthal y Jünger –y a su propio modo también por Woolf o Joyce– lo repentino encontró su expresión política en el decisionismo de Schmitt³¹. La figura central de este panteón, que combinó más que cualquier otro sus momentos estéticos y políticos –epifanía y acto– seguía siendo Jünger, objeto de análisis en el trabajo de Bohrer *Ästhetik des Schreckens* (1978), obra que le hizo ganar una cátedra en Historia de la Literatura alemana moderna en Bielefeld.

Al hacerse cargo de *Merkur* poco después, Bohrer inauguró su nuevo cargo de editor de modo espectacular con una sátira despiadada sobre el filisteísmo pequeñoburgués, el provincialismo y el consumismo de la política y la cultura de Bonn, completado con un devastador retrato de Kohl como la personificación de esa glotonería necia³². Este era un Estado que, carente de toda forma estética, únicamente podría describirse en el espíritu del primer Brecht o de Baudelaire opinando sobre Bélgica. Siguió una sátira en tres entregas sobre la clase política alemana en la que se describía tanto la reciente coalición CDU-FDP como la oposición del SPD con una mofa durísima³³. El tiempo no mitigó esos juicios. A inicios de los años noventa, Bohrer lanzó otra feroz andanada contra el provincialismo alemán en una serie formada por seis entregas que se ocuparon del gobierno, la literatura, la publicidad, la prensa, las canciones, las estrellas, las películas y los paisajes urbanos, y que alcanzó su punto culminante mostrando un especial desprecio por las ilusiones de que el entusiasmo de sus compatriotas por Europa fuera algo más que una forma turística del mismo parroquialismo. Del «aburrimiento bucólico» de *Die Zeit* y del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* al «quisquilloso sentimentalismo» de Grass o Walser, o a las expresiones absurdas sobre Kohl como «gigante del Cáucaso» y sobre Genscher

³⁰ K. H. Bohrer, «Die ausverkauften Ideen», *Merkur* 365 (octubre de 1978).

³¹ K. H. Bohrer, «Der gefährliche Augenblick», *Merkur* 358 (marzo de 1978); temas desarrollados en *Plötzlichkeit: zum Augenblick des ästhetischen Scheins*, Frankfurt, 1981, obra traducida al inglés como, *Suddenness: on the Moment of Aesthetic Appearance*, Nueva York, 1994.

³² K. H. Bohrer, «Die Ästhetik des Staates», *Merkur* 423 (enero de 1984).

³³ K. H. Bohrer, «Die Unschuld an die Macht», *Merkur* 425 (marzo de 1984); *Merkur* 427 (mayo de 1984); *Merkur* 431 (enero de 1985).

como su Sancho Panza, poco fue lo que se libró del demoledor reportaje de Bohrer. A lo sumo, el Frankfurt de los años sesenta no había sido tan sórdido como Düsseldorf o Múnich y Fassbinder fue un punto de luz³⁴.

El ardor polémico de tales filípicas nunca fue únicamente destructivo. Desde el principio Bohrer tenía un ideal normativo en mente. Alemania necesitaba una estética creativa del Estado. Era la ausencia de ésta la que producía el deprimente paisaje recreado en el primer editorial y sus siguientes entregas. Para aquellos que le acusaron de la «estetización de la política» que Benjamin había identificado como propio del fascismo, Bohrer replicó que en realidad todo Estado democrático que se respetase a sí mismo tenía su propia estética expresada en la ciudad que constituía su capital, en los edificios públicos, en las ceremonias, en los espacios, en las formas de gobierno y de su retórica; y así lo demostraban Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Italia, países a los cuales *Merkur* dedicó un número especial³⁵. En estos elementos la identidad de la nación adquiriría una legitimación y una forma tangibles: un Estado sin sus propias formas simbólicas, en el que la política se reducía a una mera asistencia social, apenas merecía el nombre de tal. Había llegado la hora de que Alemania dejara atrás la raquíta vida a medias de la República de Bonn.

Cuando cayó el Muro de Berlín cinco años después, pero la reunificación parecía todavía algo totalmente incierto y obstaculizado por la izquierda liberal en el Oeste, Bohrer se hallaba bien posicionado para publicar en el *Frankfurter Allgemeine* quizá el ensayo más poderoso del periodo a favor de la unidad alemana: «Por qué no somos una nación y por qué debemos serlo»³⁶. Su principal adversario fue Habermas, tratado con el respeto que Bohrer siempre había mostrado por él. La contribución en *Merkur*, que seguía inmediatamente a su famoso artículo «Estética del Estado», había sido en realidad un artículo de Habermas sobre las manifestaciones por la paz contra la instalación de los misiles Pershing, y cuando se desencadenó el *Historikerstreit* dos años después, Bohrer no había vacilado en alinearse a su lado. Pero la resistencia de Habermas a la reunificación, con independencia de lo valiosa que pudiera ser en realidad su noción de un patriotismo constitucional desencarnado como ideal abstracto, era una ilusión. Tras él radicaba un «qualismo negativo» en el que el judeocidio se erigía como el acontecimiento incondicional del pasado alemán, impidiendo

³⁴ K. H. Bohrer, «Provinzialismus», *Merkur* 501 (diciembre de 1990); *Merkur* 504 (marzo de 1991); *Merkur* 505 (abril de 1991); *Merkur* 507 (junio de 1991); *Merkur* 509 (agosto de 1991); *Merkur* 512 (noviembre de 1991).

³⁵ K. H. Bohrer, «Ästhetik und Politik sowie einige damit zusammenhängende Fragen», *Merkur* 451-452 (sep-oct de 198).

³⁶ *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13 de enero de 1990; para una versión inglesa de este texto, véase *New German Critique* 52 (invierno de 1991). Su traductor, Stephen Brockmann, describiría más tarde los argumentos de Bohrer como «el discurso fundacional del conservadurismo triunfal que emergió entre la derecha alemana tras la reunificación». Respecto a ese juicio, véase S. Brockmann, *Literature and German Reunification*, Cambridge, 1999, p. 57.

que el país recuperase una identidad nacional tradicional con sus propias formas psíquicas y culturales. «¿Tenía que ser nuestra específicamente “irracional” tradición de romanticismo tan concienzudamente destrozada por el buldócer de una nueva sociología?», preguntó Bohrer de modo pertinente.

Deficiencias de forma

Con la reunificación y el traslado de la capital a Berlín surgieron posibilidades de bosquejar otro tipo de Alemania a favor del cual había polemizado Bohrer, ya que con ambos hechos se había desvanecido el halo intelectual del viejo orden. Pero si la llegada de la República de Berlín marcó la transición a una nueva situación, ésta no fue contemplada por Bohrer con espíritu alguno de reivindicación complaciente. Cuando *Merkur* levantó acta de la situación del país a finales de 2006 con un número especial, equivalente a un libro, centrado en la temática «Sobre la fisionomía de la República de Berlín», bajo el título *Ein neues Deutschland?* —una composición virtuosa que incluía ensayos sobre infinidad de cuestiones, que iban de la ideología a la política, del periodismo a la arquitectura, de las áreas urbanas degradadas a los ejecutivos de las empresas, de los patriotas a los profesores, de la legitimidad a la diplomacia—, el editorial de Bohrer, titulado «La estética del Estado revisitada», dejó claro en qué escasa medida había reconsiderado su opinión³⁷. Alemania era ahora de nuevo una nación soberana; tenía una capital adecuada; y la globalización excluía cualquier retirada al nicho autohumillante del pasado. Estos eran cambios a los que había que dar la bienvenida, pero en muchos sentidos seguía pesando la herencia degradante de Bonn. En el propio Berlín, el distrito en el que se había ubicado el gobierno se hallaba en buena parte situado en una desolada área vacía que invitaba al turismo de masas, redimida únicamente por la restauración del Reichstag, aunque éste se viera banalizado por las baratijas de moda y por la corrección política, por no hablar de los tediosos discursos pronunciados en su interior³⁸. Únicamente presentaba dignidad el conjunto del clasicismo prusiano, en gran medida recuperado, que se extendía hacia el este desde la Puerta de Brandeburgo al Gendarmenmarkt. La recuperación por parte de Berlín de su condición de capital nacional tampoco había tenido efecto transformador alguno sobre otras ciudades alemanas o había suscitado el interés de éstas, las cuales en todo caso se habían hecho más regionales, y el país más centrífugo, que nunca. El patriotismo biempensante del Mundial de Fútbol de 2006, con su marea de juventud *bon enfant* [campechana] agitando banderas, tan insípida como vulgar, constituyó el reverso de la ausencia de una gestión pública seria al frente de la república, de la

³⁷ K. H. Bohrer, «Die Ästhetik des Staates revisited», *Merkur* 689-690 (sep-oct de 2006). El título del número especial remite irónicamente, por supuesto, al periódico oficial de la antigua DDR.

³⁸ Para una visita burlona de las características y peculiaridades del nuevo Bundestag y en general del distrito del gobierno, véase la tremenda sátira de Gustav Seibt, «Post aus Ozeanien», *Merkur* 689-690 (sep-oct de 2006).

cual Merkel era tan solo la última desvaída encarnación institucionalmente determinada. Ausente en este orden estaba cualquier voluntad de dotarse de un estilo propio. El déficit expresivo de la República de Bonn no había sido superado.

La verdadera independencia de criterio, observaría posteriormente Bohrer, había que encontrarla en aquellos pensadores –Montaigne, Schlegel, Nietzsche– que reemplazaron la *Sinnfragen* [cuestión del sentido] por la *Formfragen*³⁹ [cuestión de la forma], sustitución que podía tomarse como divisa de su propio trabajo. Pero *Sinn* y *Form* no se separan tan fácilmente. La crítica de Bohrer de las deficiencias del Estado alemán, tanto antes como después de trasladarse a Berlín, nunca podría ser, por su propia lógica, una cuestión puramente formal, que atañera únicamente a la estética. Desde el inicio, sus intervenciones editoriales en *Merkur* tuvieron un filo sustantivo. Un Estado que se respete lo suficiente a sí mismo como para desarrollar una forma simbólica debe también saber cómo hacerse valer, cuando sea necesario, en el campo de las relaciones interestatales. Desde su puesto en Londres, Bohrer había admirado la resolución británica en la Guerra de las Malvinas y posteriormente había respaldado coherentemente las intervenciones occidentales fueran en los Balcanes o en Oriente Próximo. El déficit del Estado alemán no era, pues, un déficit de edificios o discursos únicamente, sino también de armas. Bohrer fue un crítico demoledor del fracaso de Kohl en unirse a la Operación Tormenta del Desierto; defendió el envío de tropas alemanas de tierra a Yugoslavia; y reveló los temores de Schröder en torno a la Guerra de Iraq. Con tal beligerancia se había producido un cambio de referencia cultural. Paeschke subtítulo *Merkur* «Un periódico alemán de pensamiento europeo», y mantuvo su palabra: Gide, Eliot, Montale, Ortega o Russell aparecieron junto a sus eminencias nativas. Pocos intelectuales alemanes de su generación estuvieron tan bien equipados para mantener esta tradición como lo estuvo Bohrer, cuyo desprecio por el provincialismo de Bonn y todo lo que representaba hundía sus raíces en su experiencia personal. Educado en la cultura anglofrancesa, tras trabajar en Londres vivió posteriormente mucho tiempo en París, editando *Merkur* desde lejos.

Pero a comienzos de este siglo, se produjo un cambio en el periódico que dirigía. La presencia de Europa se apagó. Los colaboradores, temas y argumentos eran ahora más insistentemente estadounidenses. Bohrer nunca había sido un entusiasta de la Unión Europea, encontrándose cerca del escepticismo británico –le gustaba invocar el *Spectator*– que admiraba desde hacía tiempo. Las fuentes intelectuales en Estados Unidos eran, sin embargo, algo nuevo. La combinación de una *Aussenpolitik* agresiva y las abundantes firmas procedentes de la Heritage Foundation o del Cato Institute pueden dar la impresión de que en los últimos tiempos había tomado cuerpo en *Merkur* una versión alemana del neoconservadurismo de corte estadounidense, Bohrer rechaza esta clasificación en todas sus versiones. Si podía

³⁹ K. H. Bohrer, «Was heisst unabhängig denken?», *Merkur* 699 (julio de 2007), p. 574.

adscribirsele una etiqueta, debería ser la de «neoliberal» en el espíritu, no del FMI, sino de Richard Rorty, al mismo tiempo patriota e irónico. Que él no se había en realidad alineado con variante alguna de corte transatlántico resulta evidente no solo de su más exacta autodescripción en otra sede como «liberal antiautoritario subjetivista», sino también de la ocasión que la produjo: un ensayo sobre el cuadragésimo aniversario de la revuelta estudiantil en Alemania. «Ocho escenas del 68» –ágiles reminiscencias de ese año: innumerables flases estroboscópicas de Dutschke y Krahl, Enzesberger y Adorno, Habermas y Ulrike Meinhof– es con frecuencia acerbo, pero en su mayor parte rematadamente lírico en sus recuerdos del despertar intelectual y sensual de ese año: «Quien no ha conocido esos días y noches de mascarada psicológica, y literal, de cambio de identidad, no sabe qué hace a la vida excitante para parafrasear a Talleyrand»⁴⁰. *Zweite Heimat* de Reitz ofrecía una inolvidable recreación de ellos. Lo peor que puede decirse de los protagonistas del 68 era que destruyeron lo que quedaba de la forma simbólica en Alemania. Lo mejor, que nunca fueron *Spießler* [pequeñooburgueses]. Si dejaron un residuo de fanatismo, hoy esto se había hecho más llamativo en las denuncias virulentas del 68 por quienes participaron en él. Bohrer tenía poco tiempo para tales renegados. Él no era Daniel Bell: la antinomia no le suscitaba temores.

VI. POTENCIA MUNDIAL

Echando la vista atrás sobre la dirección de *Merkur* por Paeschke, Bohrer observó en cierta ocasión que aunque el *Athenaeum* de Schlegel era un periódico mucho más original que el *Teutsche Merkur* de Wieland, fue este último, que duró muchísimo más como publicación, el que marcó época; la regularidad y la consistencia exigían que se atenuara la excentricidad, si quería conquistarse la autoridad. Esta fue la lección que había aprendido Paeschke. Él mismo, sin embargo, procedía de la tradición romántica, no de la ilustrada, e invirtió cierto tiempo en evaluarla antes de intentar conjugar ambas⁴¹. Cuando el mandato de Bohrer se aproximaba a su fin, los resultados de ese esfuerzo eran visibles. Deliberadamente, en cualquier caso, la autoridad se ha materializado cada vez más en la forma de colaboradores únicamente de esos órganos de opinión que Bohrer había una vez castigado como las voces de un pío *ennui* [aburrimiento]: editorialistas y columnistas procedentes de *Die Zeit*, *Die Welt* y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que con gran celeridad y en grandes cantidades poblaron las páginas de la revista. Aquí encontramos un frente genuinamente neoliberal al ataque, denunciando los insatisfactorios compromisos de los años de Schröder-Merkel, intentando agresivamente reemplazar un «paradigma» por otro. Flaqueándolo, si bien con un ligero ángulo, encontramos al teórico sobre

⁴⁰ K. H. Bohrer, «Acht Szenen Achtundsechzig», *Merkur* 708 (mayo de 2008), p. 419.

⁴¹ K. H. Bohrer, «Hans Paeschke und der *Merkur*. Erinnerung und Gegenwart», *Merkur* 510-511 (sep-oct de 1991).

geopolítica de la revista, Herfried Münkler, autor de un ambicioso corpus de escritura sobre la guerra y el imperio⁴², cuyos ensayos recientes en *Merkur* ofrecen el catálogo más sistemático para devolver a Alemania al teatro de la *Weltpolitik* [política mundial] en el nuevo siglo.

La lógica del sistema interestatal del periodo actual, sugiere Münkler, puede ilustrarse mejor por la fábula ateniense narrada por Aristóteles. En una asamblea de bestias, las liebres demandaban iguales derechos para todos los animales; los leones replicaron: «Pero, ¿dónde están vuestras garras y vuestros dientes?», ante lo cual la propuesta fue rechazada y las liebres se retiraron de nuevo a las filas de atrás. Moraleja: para obtener iguales derechos debe existir una razonable igualdad de poderes. En su reacción al ataque del león estadounidense contra Iraq, países como Francia y Alemania protestaron como tantas otras liebres, ganándose únicamente un leonino desprecio. Incluso unida, Europa no podría convertirse en un león de un día para otro, algo que debería comprender. Pero en lo que sí podría convertirse es en un zorro continental en alianza con el león, completando –de acuerdo con la fórmula de Maquiavelo– la fuerza de uno con la astucia del otro; en la jerga contemporánea el poder duro estadounidense con el poder blando europeo. La lealtad del zorro para con el león debe estar fuera de duda y ambos deben superar el actual resentimiento que alimentan entre sí: el león porque se siente traicionado; los zorros porque se sienten humillados por lo que ha sucedido en Oriente Próximo. Pero una vez que se restauren unas buenas relaciones, el zorro tiene un especial papel que desempeñar en la cooperación entre ellos, como una bestia más alerta que el león ante otra prominente especie en el reino animal: las ratas, que ahora se multiplican y extienden la plaga del terror. Tales roedores no conforman la dieta de los leones; pero los zorros, que disponen de sus propios dientes y garras, menores pero todavía afiladas, las devoran y pueden detener su proliferación. Esta obligación zoológica exigirá que Europa desarrolle, sin embargo, la voluntad de conformar una política mundial propia: *ein eigener weltpolitischer Gestaltungswille*. La necesaria autoafirmación de Europa no exige menos⁴³.

¿Y qué decir de Alemania? Al contrario de lo sucedido con el Segundo Reich y la República de Weimar, ambas experiencias políticas profundamente inseguras, y el rabioso intento de sobrecompensar tal inseguridad en el Tercer Reich, la República de Berlín exhibe una nueva autoconfianza garantizada. La Alemania de posguerra anheló durante mucho tiempo comprar su vuelta a la respetabilidad internacional simplemente utilizando su cheque-
ra. Kohl, contribuyendo a pagar los costes de la Guerra del Golfo sin participar en ella, fue el último episodio de este ignominioso proceso. Desde sus

⁴² Para una penetrante crítica de su último trabajo importante, *Imperien* (2005), véase Benno Teschke, «Empires by Analogy», *NLR* 40 (jul-ago de 2006); [ed. cast.: «Doxa imperial desde la República de Berlín», *NLR* 40 (sep-oct de 2006)].

⁴³ H. Münkler, «Die Selbstbehauptung Europas. Fabelhafte Überlegungen», *Merkur* 649 (mayo de 2003).

inicios, sostiene Münkler, la República Federal había asumido finalmente sus responsabilidades como un miembro orientado hacia el exterior de la Unión Europea: enviando sus fuerzas armadas a los Balcanes, Afganistán y el Congo, no en la búsqueda egoísta de sus propios intereses sino del bien común para proteger a otros. Tal es la función apropiada para una potencia de rango medio que debe apoyarse más en el prestigio y la reputación que en la represión para asegurar su posición en el mundo, y que ha buscado naturalmente un puesto permanente en el Consejo de Seguridad conmensurable con su contribución a las operaciones de Naciones Unidas⁴⁴. Alemania, sin embargo, políticamente integrada en la Unión Europea y militarmente en la OTAN, todavía confía demasiado en su peso económico para definir su papel como un Estado soberano en el mundo. Necesita diversificar su cartera de poder, sobre todo recuperando la atracción ideológica y cultural que poseyó en otro tiempo, para convertirse de nuevo en la *Kulturnation und Wissenschaftslandschaft* [nación de la cultura y tierra de la ciencia] de antaño. La atracción del nuevo Berlín como ciudad internacional, comparable a su brillo en los días de Weimar, contribuirá a ello. Pero tan solo el poder blando no bastará. Toda Europa, y Alemania con ella, se enfrenta a resistencias al orden mundial capitalista existente, no de China o India que son ahora subcentros del mismo, sino de la periferia del sistema. Ahí, el terrorismo sigue siendo el principal desafío a las postheroicas sociedades de Occidente, de la cuales Alemania es el ejemplo más profundo. Sería ingenuo pensar que podría ser derrotado por la mera ayuda económica o la pura exhortación moral⁴⁵.

Proposiciones como éstas, que adaptan los modos de pensamiento prusianos a las condiciones contemporáneas, pretenden convertirse en políticas. Münkler, que no es una figura de la derecha sino alguien próximo al SPD, es escuchado en la Wilhelmstrasse de nuestros días, que ha organizado cónclaves con sus embajadores para discutir sus ideas. Hasta la fecha, los diplomáticos alemanes, escribe con satisfacción, se hallan más dispuestos a jugar en los diversos tableros de poder que Münkler recomienda que los políticos. Esta es probablemente el área de contacto más estrecha entre la revista y el Estado que podemos encontrar en *Merkur*. La influencia de una publicación nunca es fácil de medir. La empresa de Bohrer ha jugado ciertamente un papel crucial en el destronamiento del confortable liberalismo de izquierda del *establishment* intelectual de posguerra, pero su capacidad destructiva no ha sido igualada –o no todavía– por la capacidad de construir un nuevo consenso comparable. El tipo de hegemonía que un periódico como *Le Débat* logró en Francia durante un periodo no ha estado al alcance de aquél. En parte, esto ha sido una cuestión de forma: los ensayos de *Merkur*, más próximos a una todavía vigorosa tradición alemana de *belles lettres*, siguen siendo menos «modernos» que las contribuciones más

⁴⁴ H. Münkler, «Die selbstbewusste Mittelmacht. Aussenpolitik im souveränen Staat», *Merkur* 689-690 (sep-oct de 2006).

⁴⁵ H. Münkler, «Heroische und postheroische Gesellschaften», *Merkur* 700 (ago-sep de 2007).

empíricas y mejor documentadas publicadas por la revista francesa, pero ello ha sido también un rasgo del tipo de gestión específica de Bohrer al frente de *Merkur*. En la tensión existente entre Schlegel y Wieland, aunque él respetaría el objetivo de autoridad, su valor más elevado ha sido siempre la idiosincrasia, esto es, la originalidad, de la cual el extraño cóctel de temas y posiciones que elaboró a partir de los materiales románticos y surrealistas en sus propios textos, suficientemente efervescentes y potentes sin duda alguna, fue el ejemplo más cumplido. Editorialmente, incluso en su actitud neoliberal de los últimos tiempos, *Merkur* siempre ha incluido opiniones contrarias, en el espíritu de la *Gegenwirkung* de Paeschke, pero el impulso subyacente era polarizador, no en el de este último sino en el sentido de vanguardia inaugurado por *Athenaeum*. Para crédito de Bohrer, la autoridad convencional fue desechada con este último.

VII. DESPLAZAMIENTOS

La distancia entre la incisividad y la influencia puede tomarse como el índice de una desconexión más amplia entre la vida cultural y política de la República de Berlín en general. Bajo la dispensa de Bonn, a pesar de los obvios contrastes existentes entre ambas, existía un acuerdo básico entre los dos. En ese sentido, la tesis de Lepenie de que en líneas generales la cultura de la Alemania de posguerra cesó de estar enfrentada a la política, porque ambas se hicieron democráticas en el sentido aprobado, es razonable. La noción de Habermas de un «patriotismo constitucional» peculiar de la República Federal puede leerse como una celebración tácita de esa armonía. Desde 1990, por otro lado, la vida política y la cultura han tendido a separarse. Cuando, a mediados de la década de los ochenta, Claus Leggewie publicó su polémico *Der Geist steht rechts*, se trató de un texto prematuro. Veinte años más tarde, que ese cambio se había producido era evidente. La energía intelectual había pasado a la derecha, no ya únicamente a la *fronde*, sino a un significativo consenso en los medios de comunicación, a un clima de opinión. La clase política, sin embargo, se halla ligada todavía a su hábitat familiar. Ni la coalición rojiverde ni la negrirroja habían alterado demasiado el *juste milieu* del legado de Bonn. El equilibrio del sistema de Alemania Occidental de antaño, sin embargo, se había roto. Una serie de torsiones habían desbarajustado sus componentes. La esfera económica se había desplazado hacia la derecha. La esfera política todavía no se había trasladado lejos del centro. La esfera social se había movido subterráneamente hacia la izquierda. La esfera intelectual ha gravitado en la dirección opuesta.

Cuál podría ser el resultado final de estos diferentes cambios tectónicos está más allá de toda predicción. El hundimiento de la economía global, aniquilando las órdenes de exportaciones, forzó al país a una espiral descendente cuando la coalición en Berlín entraba en su año final en medio de una tensión creciente entre sus socios. Si la CDU mantiene la ventaja de la que actualmente disfruta sobre el SPD en las encuestas de opinión y si el

FDP resiste suficientemente, podría emerger un gobierno negro-amarillo que, hasta ayer, habría tenido las manos más libres para desregular la economía social de mercado más radicalmente de acuerdo con las prescripciones neoliberales. La actual crisis económica interrumpirá este escenario momentáneamente, pero dado que la identidad del FDP depende de un antiestatismo vigoroso, una vuelta a las viejas formas de corporatismo, con independencia de las medidas de emergencia, no sería fácil. Si, por otro lado, el disgusto electoral ante la creciente desigualdad e inseguridad social se combina con un miedo extendido ante cualquier tipo de inestabilidad, el voto podría volver al punto muerto de otra gran coalición. Los cambios en el clima intelectual deben afectar al desenvolvimiento de ambas fórmulas, aunque la extensión de su incidencia es harina de otro costal. Hace unos pocos años, el campeonato mundial de fútbol fue anunciado mediante pancartas colgadas por todo el país en las que podía leerse «Alemania, tierra de ideas». Las tradiciones de pensamiento del país no se habían hundido por fortuna todavía hasta la *reductio ad abiectum* de un eslogan publicitario para el fútbol, pero no cabe duda de que su peso específico en la sociedad ha declinado.

Contemplada comparativamente, la cultura alemana en el último tercio del siglo pasado se ha distinguido menos como una matriz de ideas que de imágenes. En ese sentido, podríamos decir que procedió a un intercambio de papeles con Francia y así la filosofía emigró hacia el oeste cruzando el Rin, mientras que la pintura, la fotografía y el cine viajaron al este. Alemania ha conocido su mayor productividad en las artes visuales, que han sido con frecuencia preeminentes. De modos diferentes Beuys, Richter, Trockel, Kiefer; los Bechers, Struth, Gursky, Ruff; Fassbinder, Syberberg o Reitz conforman una plétora de creadores sin parangón en ninguna otra sociedad europea del periodo. Buena parte de su producción ha tocado la historia del país y sus transformaciones más que en ningún otro sitio y lo ha hecho de modo más explosivo. El cine, como era de esperar, ha sido la sede más conspicua para ello. *El matrimonio de Maria Braun*, con la inmolación final de su heroína cuando el atronador comentario sobre el final de la Copa del Mundo de 1954 alcanza su *crescendo*, se cierra con una pálida silueta de Helmut Schmidt llenando la pantalla, como la gris cabeza de la muerte del *Wirtschaftswunder*. La trilogía *Heimat* de Reitz, cuya primera parte fue estrenada en 1984, justo cuando Kohl estaba consolidando su poder, concluye en la próspera y unida Alemania del nuevo siglo con la destrucción por los depredadores financieros de la empresa familiar de un hermano, el accidente aéreo de otro en los precipicios del Rin, el suicidio de un huérfano yugoslavo en el río que se halla a los pies de éstos y el entierro de un tesoro de cuadros fabulosos por un terremoto: escenas y reverberaciones de un moderno Ciclo del Anillo. Su imagen final es la de la superviviente femenina más joven, tentando la oscuridad, asemejando sus rasgos lentamente, a medida que la cámara se cierra, a la máscara de un animal acosado. El arte tiene sus premoniciones, aunque no son siempre correctas.

20 de abril de 2009